

VIAJEROS ROMÁNTICOS EN SAN SEBASTIÁN

Pedro BERRIOCHOA AZCÁRATE
 Instituto Valentín de Foronda. EHU-UPV¹

Resumen:

Este artículo estudia la mirada de los viajeros entre 1830 y 1880, es decir, más o menos en el periodo entre las dos guerras carlistas. España se convirtió en destino privilegiado, principalmente, de los escritores franceses e ingleses de la época. Aunque San Sebastián no era un lugar especialmente apetecido, estos viajeros dejaron en sus textos impresiones subjetivas de la apariencia, de la vida económica y de la vida cotidiana de la ciudad.

Palabras clave: San Sebastián. Siglo XIX. Romanticismo. Viaje. Mirada.

Laburpena:

Artikulu honek 1830 eta 1880. urteen arteko bidaiarien ikuspuntua aztertzen du, hau da, gutxi gorabehera, bi karlistaden bitarteko aldiarena. Espainia, batez ere, garai hartako idazle frantses eta ingelesentzat helmuga pribilegiatu bihurtu zen. Donostia lekurik gogokoena izan ez arren, bidaiari haiek euren testuetan hiriaren itxura, bizitza ekonomikoa eta egunerokotasunaren inpresio subjektiboak utzi zituzten.

Gako-hitzak: Donostia. XIX. mendea. Erromantizismoa. Bidaia. Begirada.

1. Este trabajo forma parte de las investigaciones desarrolladas por el “Grupo de investigación del Sistema universitario vasco de Historia social y política del País Vasco contemporáneo (IT-708-13)” y del proyecto *El proceso de nacionalización española en el País Vasco contemporáneo (1808-1980: giro local y conflicto nacional)* (HAR 2011-30399) del Ministerio de Economía y Competitividad.

Abstract:

This article analyses the point of view of the travellers from 1830 to 1880. Approximately, the two Carlist Wars took place in this period of time. Spain, especially, became a privileged destination for French and English writers at that time. Even if San Sebastian was not a favourite place, those travellers exposed in their texts the city's appearance, economic life and subjective impressions of everyday life.

Keywords: San Sebastian. 19th century. Romanticism. Travel. Look.

En el pasado *Boletín* prometía, alguno diría que amenazaba, con proseguir con otro artículo relacionado con la mirada de los viajeros sobre la ciudad y su entorno que se centrara en el siglo XIX. En aquel *Viajeros en la vieja San Sebastián*, me hacía eco de la mirada de seis viajeros o personas foráneas que escribieron sobre la ciudad más o menos durante el siglo XVIII o, para ser más preciso, durante el periodo hasta la destrucción de la vieja ciudad tras el sitio, la toma y el incendio de 1813².

En este pequeño trabajo pretendo captar la mirada de los viajeros que nos visitaron durante la parte central del siglo XIX³. Se trataría, más o menos, del periodo que va desde la Primera Guerra Carlista y acaba con el fin de la segunda de las guerras civiles, dejando fuera el periodo de la Restauración, que para la ciudad tiene una fecha de comienzo: la primera estancia de la reina María Cristina en 1887. A partir de entonces, la ciudad transita por otros caminos que nos llevan a la edad de oro de la Belle Époque. San Sebastián se convierte en la Bella Easo.

Por supuesto, el trabajo no pretende ser exhaustivo. Se recogen noticias solo de algunos viajeros escogidos. José Berruezo, que escribió un pequeño libro con título similar, destacaba que, aunque fueran puntuales, cerca de doscientos libros de viajes del siglo XIX daban cuenta de impresiones o descripciones de San Sebastián. Del periodo que vamos a reflejar cerca de ochenta obras se hacen algún eco de la ciudad⁴.

2. BERRIOCHOA, Pedro: "Viajeros en la vieja San Sebastián". *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*. San Sebastián. 2017.

3. Para las referencias históricas más canónicas, recomiendo al lector:

ARTOLA, Miguel: "La rueda de la Fortuna: 1700-1864". *Historia de Donostia-San Sebastián*. Nerea. San Sebastián. 2000, pp. 181-282.

CASTELLS, Luis: "La Bella Easo: 1864-1936". *Historia de Donostia-San Sebastián*. Nerea. San Sebastián. 2000, pp. 283-386.

4. BERRUEZO, José: *Viajeros románticos en San Sebastián*. Imprenta V. Echeverría. Edición del autor. San Sebastián. 1951.

Este periodo de la ciudad anterior a la Belle Époque, anterior a que la ciudad se convirtiera en la corte de verano, tiene hitos históricos precisos que aquí solo podemos exponer de forma impresionista. La ciudad se reconstruye y se rehace encima de los solares y cascotes que quedaron tras la ruina de 1813. Esta reconstrucción se hace de una forma pausada y alcanza casi a la fecha del derribo de las murallas en 1863. El derribo es consecuencia de que la ciudad deja de ser Plaza de Guerra. El carácter militar, de fortaleza, que había sido uno de sus rasgos identitarios desde el Medievo, va a pasar al olvido. Es un cambio cualitativo de primer orden. Proféticamente, así lo consignaba el himno compuesto para la ocasión por el *maisuba* Santesteban, con letra de Ramón Fernández de Garayalde:

“Brilla el iris al fin en tu cielo,
blanca cautiva paloma,
ya tu negra prisión se desploma.
Libre ya vas el vuelo a tender”.

Tras el derribo, comienza el ensanche de la ciudad hasta la actual Avenida. La elegante ciudad burguesa surge ahora de los cascotes de las fortificaciones militares. Al mismo tiempo, se abre a las nuevas comunicaciones. El ferrocarril llega en 1864, otra fecha importante. Asimismo, la ciudad conoce las nuevas comunicaciones por carretera: la nueva carretera general que llegaba desde Lasarte se construye en 1848 y en 1866 llega la que viene desde Astigarraga pasando por Loiola.

Pero antes de ser la Bella Easo, como no podía ser de otra forma, la ciudad empezaba a manifestar su belleza a los foráneos. Seguramente otro hito fue la llegada de la joven reina Isabel II en 1845 con la prescripción de que tomara las aguas del mar. San Sebastián da comienzo a su fase de lo que podríamos llamar ciudad-balneario, aunque ya anteriormente, antes de la I Guerra Carlista, era ya conocida por ciertas familias madrileñas. Este carácter turístico es enormemente reforzado por la potencia de la vecina Biarritz. El II Imperio francés subraya su atractivo y la vecina San Sebastián se convierte en polo de atracción de los viajeros biarrotas que recalán en nuestra ciudad. Los propios emperadores de Francia visitaron San Sebastián en cuatro ocasiones.

Hasta este nuevo paradigma del viaje, el del turismo, San Sebastián poco de sobresaliente podía ofrecer al viajero. No tenía catedrales góticas ni castillos medievales. Apenas contaba con palacios ni con hermosos conventos. No había moros, solo cristianos.

Además, estaba muy mal comunicada tanto por el este, en donde las bateleras de Pasaia constituían una peculiaridad sobresaliente para los viajeros, como por el sur en donde se debía dejar el camino real en Hernani y alcanzar la ciudad a través de lo que hoy es Aiete. Muchos viajeros se

afanaban por ganar el Sur, que era lo que les interesaba, hacían noche en Astigarraga o en Hernani y no se desviaban hacia la ciudad.

Uno de estos fue el literato, traductor y viajero Thomas Roscoe (1791-1871) que no consideró oportuno desviarse del camino real y siguió hacia Tolosa y Vitoria por falta de atractivo de la ciudad: “*A road striking off to the right leads to St. Sebastian; but this town having, at that time, no particular attraction for us, we took that to the left, leading through Tolosa towards Vitoria*”⁵.

Así pues, tanto por su aislamiento como por su falta de componente histórico o legendario la ciudad nunca fue pasto de las ensoñaciones de los escritores románticos que buscaban lo exótico escarbando entre las edificaciones o las ruinas de un pasado incierto.

1. La mirada de los viajeros románticos

Durante buena parte del siglo XIX los libros de viaje se convierten en un género propio. A medida que la alfabetización y la lectura fueron democratizándose, los ciudadanos demandaban empaparse del conocimiento de otras geografías que eran difíciles de conocer *in situ* por la gran mayoría de europeos, lejos todavía de los moldes culturales turísticos de los siglos XX y XXI. Apenas nadie viajaba más allá del terruño o de su entorno familiar. Solo los aristócratas, los escritores, los comerciantes o los aventureros se atrevían a franquear los límites comarcales.

Otro factor para la difusión de este género fue el de la extensión de la prensa periódica. Se multiplican y popularizan diarios y revistas periódicas que dan cabida a las descripciones de literatos consagrados o de periodistas inquietos. Los relatos de viajes van a aparecer por “fascículos” en publicaciones periódicas que se hacen muy populares. Las entregas son recogidas por revistas de amplia difusión como las francesas *Le Tour du Monde* o la *Revue des Deux Mondes*. En la primera publicará sus entregas entre 1862 y 1873 el coleccionista y bibliófilo Jean-Charles Davillier (1823-1883) que luego serán compiladas en su libro *Voyage en Espagne*. En la segunda lo hará el botánico y antropólogo Jean-Louis Quatrefages de Bréau, para luego ser reunidas en su libro *Souvenirs d'un naturaliste* (1859). Además los textos solían estar iluminados por grabados. Por ejemplo, las entregas de Davillier iban animadas por las ilustraciones del gran Gustave Doré (1832-1883) que ilustró su viaje a España en 1862.

5. ROSCOE, Thomas: *The tourist in Spain and Morocco*. Robert Jennings and William Chaplin, editors. London. 1838, p. 23.

Los viajes, pues, se convierten en “viajes de papel”⁶ y sus receptores en “lectores en casa”. Los viajeros se multiplican con respecto a los del siglo XVIII y también su objetivo y su estilo cambian. Richard Ford (1796-1858), hispanista inglés, viajero y dibujante, se refería a su lector como “Vos que jamás viajáis de otro modo más que con el espíritu, yendo de libro en libro, de pensamiento en pensamiento, y nunca de país en país, vos, que pasáis todos los veranos a la sombra de los mismos árboles y todos los inviernos al amor de la misma lumbre”.

El viajero ilustrado entendía el viaje como una experiencia para el intelecto. El escritor del siglo XVIII era un mero agente transmisor y presentaba la información de forma ordenada, con datos estadísticos, predominando el criterio científico y la crítica. España no constituía un destino importante entonces, era más bien casual como lo vimos en el caso de Humboldt, y estaba alejado del *grand tour* que llevaban a cabo los jóvenes aristócratas ingleses acompañados por sus preceptores ¿Qué podía ofrecer España frente a la culta y amable Francia o ante el derroche de arte de Italia? Bien poco para los cánones dieciochescos.

En el siglo XIX se produce una eclosión de los viajes con dirección a España. Para el viajero romántico España poseía activos sustantivos. Era la tierra de lo “exótico”, se le presuponía un territorio casi virgen, recién salido de la Edad Media, un territorio que no se había librado del orientalismo moruno. Se trataba, por otra parte, de un territorio salvaje, bruto, cargado con supuestos fanatismos históricos tan antiguos como la Inquisición, con los aditamentos de la leyenda negra, y con comunidades que se suponía estaban ancladas en la sencillez y el primitivismo medievales. Y si no era exactamente así, el viajero lo adornaba y lo exageraba adecuadamente. Era lo que le pedían los lectores.

En este contexto el Sur mandaba. Allá se encontraba lo exótico, lo oriental, lo africano, lo moro. Un mundo de chulos, majas, bandoleros, toreros y *bailaoras* recorre las descripciones de los viajeros románticos. Ciudades como Granada, Sevilla, Córdoba, Ronda... se convierten en los escenarios que esperan los lectores, allá en sus casas, en la Europa “civilizada” del Norte. Y no son solamente las ciudades andaluzas, también otras manchegas como Toledo, Cuenca y los territorios del Quijote causan furor.

La influencia de estos relatos ha quedado remachada en las mentes de los europeos. Podríamos preguntarnos hasta qué punto no ha quedado también en las nuestras. El influjo de *Carmen*, tanto de la novela de Merimée

6. SERRANO, María del Mar: “Viajes y viajeros por la España del siglo XIX”. *Cuadernos críticos de Geografía Humana*. Universidad de Barcelona. Año XVII. N.º 98. Barcelona. 1993.

como de la ópera de Bizet, da un giro de la “esencia” de España, que deja de ser la castellana del Siglo de Oro para volverse la andaluza del siglo XIX y, seguramente, del s. XX. Carmen, la gitana de Etxalar, y su amante, el celoso militar de Elizondo Don José, que hablan en euskara en la primera parte de la novela, se convierten en los paradigmas del Sur con todos sus aditamentos. Por cierto, la novela *Carmen* fue también publicada por entregas en la *Revue de Deux Mondes* entre 1845 y 1847.

Ciertamente, ante estos nuevos temas el País Vasco y San Sebastián poco podían ofrecer al viajero y al lector del viajero. Ni gente moruna o aventurera, ni nada parecido a la Alhambra, ni al sol ardiente del Sur.

Pero si no lo tenían, podían ser imaginados. Frente al racionalismo dieciochesco, la subjetividad, el yo, se impuso en los relatos románticos. La emoción y los sentimientos del viajante seleccionaban lo que veía. Lo excepcional, lo desmesurado, lo fantástico, lo misterioso, lo raro acabaron convirtiéndose en los elementos constructores del relato romántico. Si la realidad no respondía a esos criterios para eso estaba la imaginación desbordante del viajero. Un ejemplo de ello son los grabados que dibuja Doré respecto a los paisajes y a los personajes vascos, más parecidos a las tierras al sur de Sierra Morena.

En este punto los franceses tomaron ventaja a los ingleses, mucho más realistas y críticos con la sociedad y las costumbres españolas. La civilización inglesa, que había filtrado lo natural con todos sus ritos y su liturgia propios de la clase nobiliaria y que se había extendido a su amplia clase media, veía con horror la barbarie de las costumbres y la naturaleza bruta de España. Por contra, los franceses “inventaron” (de *inventio*, descubrimiento en latín) una España que perduró más allá del siglo XIX.

Esta mirada apriorística, que ya venía en el magín del viajero nada más traspasar la frontera, fue criticada por otros contemporáneos. El médico y lingüista alemán Victor Aimé Huber publicó una obra que tuvo enorme éxito en Alemania; hasta tal punto que fue traducida al francés para 1830. Toda su *Esquisses sur l'Espagne* se desarrolla, como no, en torno a descripciones andaluzas. Ahora bien en la Introducción señala cómo “muchos autores de viajes han visto también a España (...) con los ojos cerrados. Sin darse la pena (sic) de profundizar nada, han escrito bajo la influencia de su preveniciones”. Y cita el siguiente ejemplo:

“Según la opinión más generalizada, los españoles tienen la tez morena, sombrío el aspecto de la cara, negros los ojos y los cabellos, llevando sombreros de anchas alas, redecillas, anchas capas pardas, y siendo perezosos, sucios, harapientos, sin industria. Este retrato puede en efecto convenir a ciertas provincias, pero en otras, como por ejemplo en las provincias vascas, en vano se buscaría nada parecido.

Los vascos españoles son más bien rubios que negros, no llevan sombreros de anchas alas ni largas capas pardas, ni cabellos en redecillas; son activos, alegres, la mayoría con bienestar, y constituyen sin contradicción una de las poblaciones más industriosas del mundo.

Esto no impide que los nueve décimos de los viajeros, en cuanto han pasado el Bidasoa y tocado en Irún el suelo de España, se confundan en observaciones acerca de la fisonomía sombría, los ojos negros, las redecillas, los grandes sombreros, las largas capas, la pereza de los españoles. **Sin embargo, nada de todo eso se ha presentado a sus ojos; pero (por) el solo hecho de que esperaban verlo, lo ven en efecto**⁷.

Perdóneme el lector tan larga cita, pero la he considerado más elocuente que cualquier explicación. Huber critica también la actitud hipercrítica de los ingleses, con su juicio rayano en el desprecio y pone en valor aspectos positivos de España como las costumbres del paseo, la reunión de media mañana, la tertulia... o valores como el amor y el orgullo.

Estos viajeros eran románticos, pero no estaban ciegos. Veían que las transformaciones económicas y la civilización “prosaica” burguesa ganaban terreno de año en año. Aquella España de fanáticos, de pereza, de celos y honor viejos, del Romancero y la picaresca empezaba a cambiar. El propio Mérimée desde Madrid insistía que los españoles “se dedican mucho a Bolsa y hacen ferrocarriles. Ya no hay bandoleros y casi guitarras”⁸.

Otro de los elementos que subrayaron los románticos fue el paisaje⁹. El paisaje de los ilustrados es un elemento sustentador de las actividades económicas. Para los románticos cobra un valor por sí mismo. El Romanticismo empieza a dialogar con el paisaje. Este es mucho más que un marco espacial. Se trata de una realidad que interactúa con el hombre. El paisaje se interioriza y es una manifestación del alma humana así como un definidor del pueblo que lo habita. Este paisaje natural es también cultural. El hombre debe buscar en él “la armonía natural”.

Dentro de la variedad de paisajes españoles, los románticos desdeñan la llanura y se identifican con la fuerza de la montaña y dentro de ella con el bosque como ámbito de fuerza, libertad, alegría y misterio. Los páramos y el secarral mesetarios no inspiran a los románticos a diferencia de a los autores

7. HUBER, Victor Aimé: *Esquisses sur l'Espagne*. Louis Hauman et Compagnie, Libraires. Bruxelles 1830, pp. 12-13.

Las negrillas son mías.

8. MÉRIMÉE, Prosper: *Viajes a España*. Aguilar. Madrid. 1988, p. 295.

9. ORTEGA CANTERO, Nicolás: “Los viajeros románticos extranjeros y el descubrimiento del paisaje de España”. *RDTP. Revistas. Consejo Superior de Investigaciones Científicas*. Madrid. 2002, pp. 225-244.

de la Generación del 98 que verán en la desnudez castellana el zócalo regeneracionista de fin de siglo.

Así pues, el País Vasco y sobre todo Gipuzkoa contaban con una baza importante. La mayoría de los viajeros comparan el paisaje guipuzcoano con el suizo. La idea de la “pequeña Suiza” acompaña al paisaje guipuzcoano del s. XIX. Théophile Gautier (1811-1872), un primer espada del Romanticismo francés, no pisó San Sebastián. Cenó e hizo noche en una venta de Astigarraga, pero para cuando traspasó el Bidasoa quedó ganado por la naturaleza guipuzcoana

“El paisaje era encantador, quizá un poco suizo, y de muy variado aspecto. Crestones de montañas, por cuyos intersticios se divisaban otras cadenas más elevadas, se redondeaban a los lados del camino; sus laderas, abigarradas de cultivos diferentes, con bosques de robles verdes, formaban un vigoroso contraste con las cimas lejanas y esfumadas; los pueblecillos con sus tejas rojas se extendían al pie de las montañas entre macizos de árboles [...]. Torrentes, caprichosos como mujeres, van y vienen formando pequeñas cascadas, se bifurcan, vuelven a unirse, a través de rocas y guijarros, de la manera más divertida, y sirven de pretexto a multitud de puentes de lo más pintoresco del mundo. [...] Macizos de árboles y grupos de encinas realzan felizmente las grandes líneas y los tintes vaporosamente severos de las montañas”¹⁰.

El profesor de la Universidad de Freiburg Franz Rolef atravesó Gipuzkoa en tren y señaló que el paisaje de “este bello país” era parangonable “a Suiza y al amado Tirol”¹¹.

El paisaje montuoso, unido al mar y filtrado por unas ruinas históricas hacía la delicia de cualquier romántico. Henry Wilkinson era un cirujano que acompañó a la *British Legion* durante la I Guerra Carlista y fue gravemente herido en el cuello en la batalla de Andoain de 1837. Fue también dibujante, grabador y pintor excepcional. Fue capaz de mostrar su aspecto poético en sus palabras y dibujos en medio del horror de la guerra. Le debemos mucho, porque su arte también se reflejó en su prosa. Pocas veces se ha descrito el llamado “marco incomparable” con esta mezcla de minuciosidad y lirismo.

“He visto atardeceres de la más exquisita belleza en San Sebastián. Muchas veces, cuando el sol poniente está lanzando sus últimos rayos sobre las perennes cimas de los montes y las tranquilas aguas de la bahía, cuando toda la superficie del cielo y de la tierra brilla con un matiz rosado, me he detenido a contemplar aquel hermoso paisaje, y, bajo la bendita influencia y la sagrada

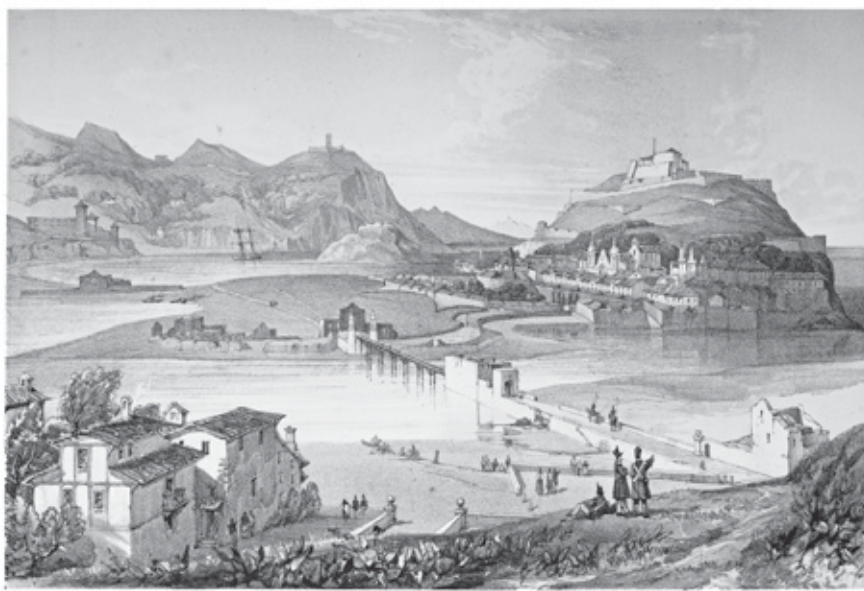
10. GAUTIER, Théophile: *Viaje a España*. Cátedra. Madrid. 1998, p. 84.

11. MITXELENA, Eneko: *Viajeros extranjeros en Vasconia*. Editorial Vasca Ekin. Buenos Aires. 1942.

Se trata de un alias de Justo Gárate.

inspiración de la naturaleza, se ha enternecido mi corazón hasta extremos propios de la debilidad femenina. Llegan después los suaves tintes del anochecer, que alargan las amplias sombras y oscurecen gradualmente los pequeños detalles, revistiendo los objetos de un halo poético y animando a la imaginación a penetrar en sus purpúreas profundidades. Nunca se llega a contemplar el convento de la Antigua como en instantes iguales a los que acabo de describir. La larga línea de sus muros en ruinas y sus altas torres totalmente en sombra se reflejan en las aguas brillantes de la bahía, mientras por sus numerosas ventanas se contemplan hasta el último momento los lentos abanicos de luz dorada, que iluminan a sus espaldas algunos puntos de las montañas”¹².

Después de copiar este texto al autor se le quitan buena parte de las ganas de seguir escribiendo.



SAN SEBASTIÁN

San Sebastián bajo los ojos de Henry Wilkinson durante la I Guerra Carlista: los barrios extramuros destruidos y el convento de Loreto en ruinas. Álbum del s. XIX. Museo de Zumalakarregi.

12. WILKINSON, Henry: *Apuntes paisajísticos y musicales de las provincias vascas*. 1838. Publicaciones de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián. San Sebastián. 1976, p. 156.

2. La ciudad y su apariencia

Vimos en el artículo del pasado *Boletín* que los escritores del siglo XVIII no quedaron especialmente obnubilados por la línea de costa de la ciudad. Para aquellos viejos ilustrados poco de interés contenía. Un arenal. Los cerros sin vegetación, pelados, tristes. Tenemos que pensar que Urgull era un conjunto de construcciones fortificadas militares, un espacio en que estaban prohibidos los árboles. La isla tampoco ofrecía un aspecto muy risueño. La verde foresta que en la actualidad las cubre no lo hacía hace dos siglos. Sin duda, todo ello contribuyó a esa imagen “ilustrada” de deforestación, arena y cierta tristeza. Frente a este panorama, los viajeros ilustrados contrapusieron los cerros que rodeaban la ciudad y el valle del Urumea hacia Loiola. Aquello era otra cosa, verdor, campos bien cultivados, maizales rozagantes, manzanales bien cuajados, bosques frondosos... Se enamoraron más de la línea de monte que de la de costa.

Esta percepción comienza a cambiar. Los viajeros comienzan a ver la hermosura marina de la ciudad, aunque algunos la verán con un sentido práctico, como un puerto no demasiado bueno.

Victorine Germillon es una viajera fascinante, fue la primera mujer que viajó en el siglo XIX, en aquel mundo de hombres y en aquella España no muy segura. Nacida en 1810 en Burdeos se convirtió por matrimonio en la aristócrata Mme. Suberwick. Viajó a España vestida de hombre bajo el seudónimo de Victor de Féréal, y bajo tal nombre escribió *L'Espagne pittoresque*¹³. Para Féréal San Sebastián es un cono flotante en cuya base se ha levantado una ciudad nueva.

Pero al margen de esta prosaica descripción, la equipara con Venus, la diosa nacida del mar: “*on la dirait née un jour, comme la Vénus des Grecs, sur les lames de l'Océan, qui la bercent éternellement de leur grandiose harmonie*”. Esto ya es otra cosa: una metáfora romántica con sabores clásicos y mitológicos.

Sin embargo, la misma autora, un poco más adelante insiste sobre el paisaje desabrido de los arenales costeros:

“Mais si l'on regarde Saint-Sébastien du côté de la mer, tout y est aride, tout y est sombre et désolé; on ne voit plus que des monticules sans nombre, pelés, sans arbustes, sans un brin d'herbe. Des sables brûlantes pendant l'été,

13. CUENDIAS, Manuel de y FÈRÉAL, V. de: *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Moeurs, usages et costumes*. Librairie Ethnographique. Paris. 1848, pp. 14-18.

El libro viene con las notas del político liberal y filólogo español Manuel Galo Cuendias, progresista exiliado en Toulouse y, al parecer, amante de Victorine.

glacés durant l'hiver; et, dans ces sables, des ossements humains mêlés à des débris d'armes!...”.

Frente a esa aridez triste de la costa, Féréal insiste en la verdura del interior. Ella se decanta no tanto por los cultivos, la riqueza de frutos de los manzanos o el valor intrínseco del bosque, propia de los narradores ilustrados, sino por una descripción lírica y romántica, con especial atención hacia el ambiente, los olores, la luz... Formas diversas de captar la misma realidad en función de la subjetividad y la cultura dominante:

“Les environs de Saint-Sébastien sont très-fertiles et très-riants du côté de la terre; on y rencontre des arbres en fort grand nombre; pour la plupart, ce sont des tilleuls. Durant le printemps, leur fleur jaune donne aux coteaux environnants une teinte dorée qui les rend chatoyants le matin, au lever du soleil, et le soir, lorsque ses derniers rayons se brisent en se multipliant dans les eaux de la mer. Pendant tout l'été, des milliers d'arbustes, des lis sauvages et une foule de plantes médicinales embaument l'air et font de Saint-Sébastien une des villes d'Espagne où la chaleur est le moins nuisible. Puis, chaque soir, la brise qui s'élève de l'océan contribue aussi beaucoup à l'assainissement de l'atmosphère”.

La descripción es parecida a la que hizo Humboldt a comienzos de siglo: aridez, deforestación, sequedad... en la costa; riqueza en los montes que la rodean, con un tono más lírico y quizás más femenino. Lo que al sabio alemán no se le ocurrió fue darle este tono gótico y un poco macabro de las osamentas en el arrenal. Féréal, además, insiste en las nacionalidades de esos huesos bélicos:

“Si jamais vous allez respirer la brise de mer sur la plage aride de Saint-Sébastien, marchez avec précaution, de peur de fouler aux pieds les ossements de vos frères... et dites une prière pour l'âme de vos compatriotes, si vous êtes Français; car bien des Français ont succombé dans cette journée. Priez encore, si vous êtes Anglais ou Portugais; car Anglais et Portugais y sont tombés par milliers. Priez et pleurez, si vous êtes Espagnol; car, ce jour-là, le sang espagnol a coulé par torrents, et l'Espagne a perdu sa liberté, en arrachant à l'exil le roi Ferdinand VI”.

Aparte de lo “gótico” de las osamentas, Féréal quiere describir el horror de las guerras napoleónicas y las víctimas que causó. Y, sin embargo, a pesar de ser francesa hace un relato ecuménico de todas las víctimas de 1813. Es una actitud que le honra y que es muy diferente a la de otros viajeros que barren para casa.

Por poner un ejemplo, su compatriota el *abbé* Léon Godard (1825-1863), canónigo de Argel y profesor de Historia y Arqueología, que hace un relato furibundamente antinglés de lo sucedido en 1813. Los fustiga por traidores, avaros y enemigos de cualquier competencia comercial, y considera el incendio como *“une de ces trahisons monstrueuses que duggère à ce*

peuple mercantile la soif du lucre, la jalousie égoïste qui ne supporte pas de rivaux dans la carrière du commerce"¹⁴.

Por contra los ingleses hacen otra lectura. Richard Ford (1796-1858) es uno de los viajeros más importantes del siglo XIX. Vivió en el Generalife durante años debido a la quebradiza salud de su primera esposa, a la que se le recomendó un clima más seco que el de Inglaterra. Era periodista y también un buen dibujante. Además, recorrió la península de cabo a rabo durante cuatro años. Su mirada es muy crítica y adusta. También, la que proyectó hacia los vascos. Dicen que ni siquiera estuvo en San Sebastián, pero dejó constancia de cómo era. Para él, la reacción de los vascos hacia los ingleses siempre fue negativa. Desde el Príncipe Negro, pasando por el duque de Wellington hasta su contemporáneo, el general Lacy Evans, y su *British Legion* durante la recién acabada I Guerra Carlista la actitud de los vascos había sido hostil. Por el contrario, era más favorable hacia sus invasores, los franceses.

Así ve 1813: "San Sebastián fue saqueada por los vencedores, de acuerdo con todos los usos y costumbres de la guerra, tal es siempre el triste destino de todas las plazas tomadas al asalto". El hecho causó una honda tristeza en el espíritu del "dulce" duque. Y, sin embargo, el asalto a San Sebastián se había convertido "en un permanente libelo contra los ingleses". Ford ridiculiza la postura del conde de Villafuertes que acusaba a los oficiales británicos de dar fuego a la ciudad porque comerciaba con Francia. Lo hace de esta forma tan jactanciosa, señalando: "como si este miserable y mendicante puerto vasco pudiera despertar la envidia de los amos del comercio mundial"¹⁵.

Samuel Edward Cook (1787-1856) fue un importante botánico inglés. Era también militar, capitán de la Royal Navy, y estuvo en la península entre 1829 y 1832. Su visión es totalmente diferente de la de Ford. Para él los donostiarras eran "gente amable, franca, hospitalaria, laboriosa y de abierto corazón; no se encuentra entre ellos traza de prejuicio, y solo inquiriendo podía averiguarse que semejante acontecimiento había tenido lugar", sostiene refiriéndose al incendio. Llega a opinar que el gobierno británico tendría que haber indemnizado a la ciudad, pues con menos se había sido pródigo en otras ocasiones.

14. GODARD, Léon (L'abbé): *L'Espagne. Moeurs et paysages, histoire et monuments*. Alfred Mame et Fils, Éditeurs. 1877, p. 23.

15. FORD, Richard: *Manual para viajeros por El País Vasco y Navarra y lectores en casa*. Turner. Madrid. 1981, pp. 71-72.

Pero volvamos a la hechura y a la apariencia de la ciudad. Para toda ciudad la primera vista es muy importante. La perspectiva que ofrecía la ciudad por su entrada natural hasta mediados del siglo XIX era la que se atisbaba desde el cerro de Isturin, a través de la vieja calzada que desde Hernani traspasaba los límites de la ciudad, allá por la Venta de Oriamendi. Era la entrada por la que habían llegado los reyes en el siglo XVII y la puerta común salvo para aquellos viajeros que viniendo de Francia eran conducidos por las bateleras hasta Pasaia y la Herrera.

El hecho de llegar a la ciudad desde la altura otorgaba un golpe de efecto sorprendente y bello. Mucho más tarde, ya en el siglo XX, José Zapiain, un donostiarra de pura cepa, que había nacido bajo las bombas de la II Guerra Carlista, ponía en valor aquella perspectiva desde el actual Aiete, contraponiéndola con la prosaica perspectiva que otorgaba de la ciudad la llegada mediante el ferrocarril¹⁶.

Esa es la que tuvo Víctor Hugo hacia la altura del antiguo caserío Lazkano. Víctor Hugo (1802-1885) es el jefe de fila del Romanticismo francés, el padre de las letras francesas junto a Molière, un símbolo de la propia República. Hugo, hijo de un general napoleónico al servicio del rey José I Bonaparte, ya había residido en Madrid entre 1811 y 1813 y conocía la España de principios de siglo. Hugo es el visitante de la ciudad más famoso y hace sus propios dibujos. Trae los recuerdos de infancia y recalca en San Sebastián el 28 de julio de 1843. Va a permanecer hasta el 10 de agosto en que partirá para Pamplona. En estas dos semanas residió mayormente en Pasaia. Vino acompañado por su amante “oficial”, Juliette Drouet. La primavera de aquel año había sido insatisfactoria para su pieza dramática *Les burgraves* y a comienzos de septiembre va a recibir el mazazo de la muerte por ahogamiento de su hija mayor Léopoldine y su marido en el Sena.

Hugo llega a Aiete desde Hernani: “La diligencia llega a la cima de una colina; espectáculo magnífico”. Así, con cuatro trazos impresionistas, describe la vista aérea sobre la ciudad: “Un promontorio a la derecha, un promontorio a la izquierda, dos golfos: un istmo en medio, una montaña en el mar; al pie de la montaña una ciudad. He aquí San Sebastián”. Y prosigue: “El primer vistazo es mágico: el segundo es divertido. Un viejo faro en el paseo a la izquierda. Una isla en la bahía bajo ese faro. Un convento arrasado. Una playa de arena. Las carretas de bueyes descargan en la playa los navíos cargados de mineral de hierro. El puerto de San Sebastián es un curioso enredo de complicados morros de rompeolas”.

16. ZAPIAIN IRASTORZA, José: “‘Galtzara’. La antigua carretera a Hernani por Ayete. Palacio de Ayete primera mansión de los Reyes, en Donostia”. *Vida Vasca*. 1931, p. 137.



San Sebastián con perspectiva aérea desde el camino de Aiete: campesinos y campesinas, carros, ganado y cabalgaduras en la vieja calzada. Álbum del s. XIX. Museo de Zumalakarregi.

Hugo, como Féréal, no se limita a la vista marina, le atrae el *background* de la ciudad: “A la derecha, el valle de Loyola, lleno de petirrojos donde el Urumea, bello río de color de acero, dibuja una herradura gigantesca”. Hugo admira el gran meandro o la “curva de ballesta”, en palabras machadianas, del río alrededor de la península de Mundaiz. Y, prosigue: “en el promontorio norte, algunos lienzos de pared derribados, restos del fuerte desde donde Wellington bombardeó la ciudad en 1813. El mar rompe admirablemente”¹⁷. Una descripción deliciosa.

El aspecto de San Sebastián no atraía a los viajeros románticos. Aunque todos ellos hablan de lo limpias que estaban sus calles, San Sebastián apenas podía rivalizar con otras ciudades españolas o con el trazado medieval de la propia Tolosa. Era una ciudad nueva, haciéndose en gran medida. “El aspecto de San Sebastián es el de una ciudad reconstruida de nuevo, regular

17. HUGO, Victor: *Los Pirineos*. José J. de Olañeta, Editor. Palma de Mallorca. 1985, pp. 60-61.

y cuadrada como un tablero” contó Hugo que la comparó con una libra de chocolate con sus dieciséis onzas, en palabras de Berruezo¹⁸. De “*rues en damier*” hablará Godard. De “*le goût mesquine y eminentement prosaïque qui caractérise notre siècle*”, Féréal.

Este/a mismo autor/a destaca la ausencia de monumentos remarcables, aparte de la casa de Misericordia, el hospital, el ayuntamiento, el puente de Santa Catalina y poco más. No se fija demasiado ni en iglesias ni en conventos. “*Veuve de tout ce qui fait la gloire des cités, la ville de Saint-Sébastien n’a ni bibliothèque publique, ni monuments, ni aucune de ces merveilles que l’art et le génie ont répandus avec tant de profusion sur le reste de l’Espagne*”.

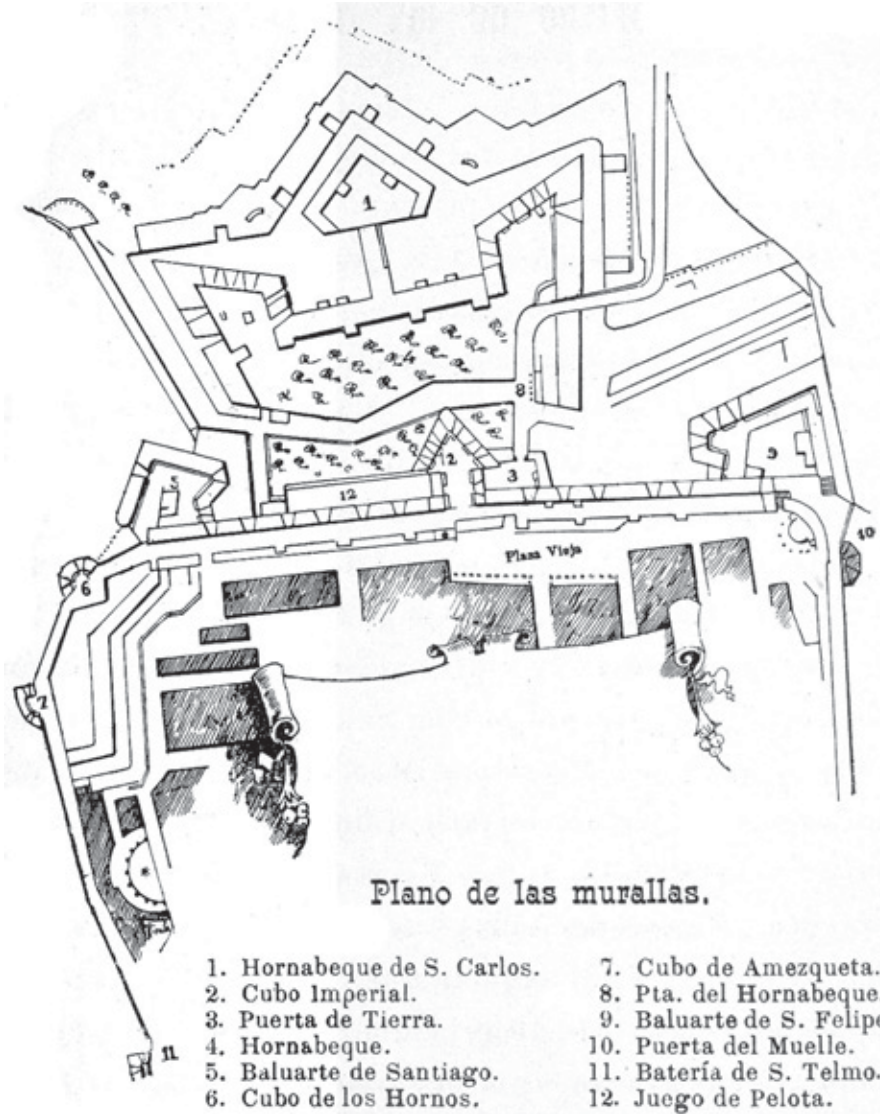
Los viajeros admiraron como más destacable la Plaza Nueva o Plaza de la Constitución. Les sabía a España. Una plaza rectangular, porticada, con balcones, con coso para las corridas de toros... La veían como algo comparable a la Plaza Mayor de Madrid o a tantas plazas porticadas de Castilla. Féréal se fija con perspicacia en el bicromatismo de sus sillares de construcción. De 80x50 m, con tres pisos construidos “*en belle pierre de taille jaunâtre, que l’on tire en abondance des carrières voisines, mêlée à d’autres pierres belues d’Hernani. Élégants, solides, et, grâce au mélange des deux couleurs, d’un aspect assez bizarre, elles sont bâties sur cinquante-trois arcades*”.

Otro aspecto destacable hasta 1863 fueron las murallas que rodeaban la ciudad por su flanco sur y, en parte, por el este y el oeste. Dice Quatrefages que corría un boulevard sobre la línea de muralla. En el extremo de la actual calle Igentea estaba el Baluarte de San Felipe con el cubo del Ingente en la línea interior, y en el otro, por la Bretxa el de Santiago, con el cubo de Torrano. En medio el cubo imperial y, más allá, el hornabeque.

Mellado puso medidas a las fortificaciones: el lienzo oriental tenía de 11 a 12 pies de grosor; el occidental era más delgado, 7; mientras que la muralla meridional tenía 32 pies. Para él el baluarte tenía muy sólida construcción y robustez, con dos grandes bóvedas, una sobre otra, que se usaban como almacenes¹⁹. Allí también en 1828 se abrió el luego conocido como Teatro del Café Viejo o del Cubo. Las fortificaciones del castillo de la Mota tenían cinco lados. Sus muros eran robustos aunque irregulares. Dentro del fuerte había un cuartel, almacén de artillería, cuerpo de guardia, habitaciones, capilla, almacenes de víveres y un pozo.

18. BERRUEZO, José: *San Sebastián. Itinerario pintoresco a través de su historia*. Edición del autor. Imprenta V. Echeverría. San Sebastián. 1948.

19. MELLADO, F. de P.: *Guía del viajero en España*. Establecimiento tipográfico calle del Sordo, n.º 11. Madrid. 1842, pp. 173-174.



Plano de las murallas de San Sebastián antes de 1863. Álbum del s. XIX. Museo de Zumalakarregi.

Al padre Godard le parecieron de hechura propia de Vauban, el gran arquitecto militar de Luis XIV.

El que será canciller de Alemania, “el canciller de hierro” Otto von Bismark (1815-1898), visitó la ciudad en 1862. Era entonces embajador de Prusia ante el II Imperio de Luis Napoleón Bonaparte, y residía en Bayona en el verano de ese año. El día San Ignacio, aburrido, tomó la diligencia hacia San Sebastián en donde estuvo cinco días. Su primera ocupación, como buen militar, fue examinar la ciudadela.

La Puerta de Tierra estaba delante de la Plaza Vieja, entre las salidas de las calles San Jerónimo y Narrica. Era el lugar de entrada de todos los viajeros. Un sitio estratégico, cercano a la fuente mayor, en donde “se miraba” al que entraba y salía.

Así de esta forma impresionista y paradójica la describe Víctor Hugo:

“Sobre la puerta de la ciudad, una bella tarjeta gastada de tiempos de Felipe II contenía sin duda las armas de la villa, suprimidas por alguna revolución a la francesa. Dentro de esta misma puerta, sobre el cuerpo de guardia y el centinela, un gran Cristo de madera pintada, con grandes gotas de sangre bajo su corona de espinas. Una pila de agua bendita al lado. Los soldados de guardia tocan la guitarra y las castañuelas”²⁰.

Otro aspecto interesante era el carácter de la ciudad. Ya hemos señalado que muchos viajeros, tan pronto llegaban a Irún veían y quería ver lo español, pero lo español que ellos imaginaban como canónico. Los balcones, las plazas cuadradas, la vestimenta... conducían a esta españolidad. Davillier abunda en ello, señalando que el carácter español de la ciudad era “muy pronunciado”.

Víctor Hugo vio, sin embargo, en San Sebastián algo fronterizo, algo que no era ni tierra ni río ni mar, algo que ni era español ni francés, algo vasco, diferente:

“Pero, ¿realmente estoy en España aquí? San Sebastián está unida a España como España está unida a Europa, por una lengua de tierra. Es una península en la península; y en esto todavía, como en un montón de cosas, el aspecto físico es el símbolo del estado moral. Apenas se es español en San Sebastián; se es vasco.

Esto es Guipúzcoa, es el antiguo país de los fueros, son las viejas provincias libres vascongadas. Realmente se habla poco castellano, pero se habla sobre todo vascuence”.

Su estancia en Pasaia y sus alrededores le hace reafirmarse en ese carácter casi exclusivamente vasco de Gipuzkoa:

20. HUGO, Víctor: *Los Pirineos...*, p. 61.

“Se nace vasco, se habla vasco, se vive vasco y se muere vasco. La lengua vasca es una patria, he dicho casi una religión. Decid una palabra vasca a un montañés en la montaña; antes de esa palabra, apenas erais un hombre para él; ahora sois su hermano. La lengua española es aquí una extranjera como la lengua francesa.

Sin duda esta unidad vascongada tiende a disminuir y acabará desapareciendo. Los grandes estados deben absorber a los pequeños; es la ley de la historia y de la naturaleza”²¹

Todas estas cuestiones políticas y relacionadas con la identidad en el relato de los viajeros las ha estudiado Coro Rubio y a su artículo me remito²².

Un aspecto interesante de esta aseveración es el carácter evolucionista que, quizás sin querer, daba al curso de la Historia. Las lenguas y los pueblos pequeños iban a perecer fagocitados por los grandes. Era cuestión de tiempo. Lo vimos en el artículo del año pasado con la preocupación de Humboldt. Lo vemos con Hugo. Esta “profecía” va a seguir su curso. Unamuno predijo el entierro de la lengua vasca en los Juegos Florales de Bilbao de 1901 (“el vascuence muere por ley de vida”), y el propio fundador del nacionalismo, Sabino Arana, se dolió de lo que creía era el signo de los tiempos con aquello de “esto se va”. Y, sin embargo, no se ha ido. Está claro que predecir el futuro no es propio ni de historiadores ni de pensadores ni de nadie.

Pero aparte de estos debates sobre lo vasco y lo español, San Sebastián, es de todos conocido, tuvo una importante impronta francesa. Ya desde su fundación, o desde antes, ahí estuvo el injerto gascón. La lengua gascona fue propia de la ciudad hasta más allá de la Edad Media. Posteriormente, el comercio del siglo XVIII y de principios del XIX consolidó esta tendencia, muchas familias francesas, mayormente del SO, se establecieron en la ciudad, participaron en sus negocios y tuvieron una presencia pública destacable.

Este carácter francés es remarcado, después de haber dicho lo anterior, por el propio Hugo: “hay franceses por todas partes; en la ciudad, de doce comerciantes que tienen boticas, tres son franceses”. El propio barbero era un soldado napoleónico con afiches franceses en las paredes que hablaba las tres lenguas.

21. Op. cit, pp. 63-64.

22. RUBIO POBES, Coro: “La imagen de los vascos en los viajeros europeos del siglo XIX”. *Oienhart*. N.º 18. San Sebastián. 2000, pp. 95-125.

Otros viajeros van a insistir en lo mismo. Por otro lado, la actividad turística creciente obliga a comparar a la ciudad con la vecina Biarritz. Otros las identificarán con la normanda Trouville.

Para Lucien Louis-Lande (1847-1880), un escritor y periodista de la Gironde, prestigioso redactor de la *Revue de Deux Mondes*, que visitó la ciudad nada más acabar la II Guerra Carlista, San Sebastián era más que española, francesa y, todavía más, cosmopolita²³.

El gran novelista norteamericano Henry James (1843-1916), aunque casi más británico que *yankee*, veraneó en Biarritz en 1876 y se acercó a las fiestas de agosto de San Sebastián. Vio a la ciudad con gran animación y la equiparó a la ciudad balneario de Brighton²⁴.

El gascón Justin Cénac-Moncaut (1814-1871), novelista y escritor de leyendas altisonantes y moralizantes, debió estar en la ciudad en una época de buen tiempo, pues la equipara a un barrio de Nápoles “*éclatante de blancheur*”²⁵.

La mayoría de los viajeros tuvieron una visión muy positiva de los habitantes de San Sebastián. Civilizados, limpios, trabajadores... son algunos de los adjetivos que nos adornaron. “Gente amable, franca, hospitalaria, laboriosa y de abierto corazón” son los apelativos usados por el capitán Cook. Sin embargo, uno de los rasgos criticados fue el del orgullo, muy ligado al sentimiento de una marcada identidad. Se trataba de un valor transmitido por la ideología foral durante siglos y que, parece, había entrado a formar parte de nuestro *ethos*.

L'abbé Godard se reía de nuestros escudos y sus textos que rezaban adjetivos fenomenales como heroica, invicta, fidelísima, leal, imperial, valerosa, muy noble... El que fue inmisericorde con el “honor de los vascos” fue Richard Ford.

Veamos algunas de sus perlas: “El vasco de nuestros días (...) mira con desprecio incluso a los castellanos viejos, por considerarles de origen nuevo y secundario”. Sigue: “respiran (los vascos) un aislacionismo local mezquino y un monopolio rígido, y (...) detestan todo lo que huele a comercio libre”. Ford nos pinta como una población obsesionada con la nobleza y la genealogía. Y sigue nuestro viajero inglés con su mirada displicente, pero que nos da qué pensar: “Es ultralocalista (...) sobrevalora su propia

23. LOUIS-LANDE, Lucien: *Basques et navarrais. Souvenirs d'un voyage dans le Nord de l'Espagne*. Didier et Cie, Libraires-Éditeurs. Paris. 1878, pp. 291-292.

24. JAMES, Henry: *De París a los Pirineos*. Abada Editores. Madrid. 2010, p. 104.

25. CÉNAC-MONCAUT, Justin: *L'Espagne inconnu. Voyage dans les Pyrénées de Barcelona à Tolosa*. Amyot Éditeur. Paris. 1861, p. 25.

ignorancia tanto como menosprecia la inteligencia de los otros. Si el castellano ve doble a favor de sí mismo, el vasco ve cuádruple (...) todas las cosas y personas situadas más allá de sus límites le parecen demasiado diminutas y secundarias”²⁶.

3. La ciudad y su vida económica

Muchos de los fundamentos económicos de la ciudad durante centurias ven su declinar a lo largo del siglo XIX. Nos hemos referido a su cualidad de plaza militar y a la destrucción de las murallas en 1863. A partir de entonces, la ciudad va a conocer un ensanche hacia el sur, dada la altísima densidad de los donostiarras que vivían acotados por su cinturón de piedra en la actual Parte Vieja, que, como sabemos, no lo era ni lo es tanto. En esa época la ciudad cuenta *grosso modo* con 15.000 habitantes: 10.000 intramuros y el resto extramuros.

Muchos son los textos que han tratado sobre la decadencia del comercio, ligada en buena parte al mantenimiento de las aduanas en el interior. Junto a ello, se produce un divorcio con el pensamiento cerradamente foralista de la provincia. Las discrepancias van a originar un debate sobre la necesidad de la reforma foral, sobre el librecambismo o el proteccionismo, que va a ocupar buena parte del primer medio siglo. Este debate va a desembocar en las guerras carlistas o en el apartamiento de la ciudad respecto a las instituciones forales provinciales. San Sebastián pierde la capitalidad provincial en favor de Tolosa. Esta situación excepcional se rectifica con la vuelta de los procuradores de la ciudad a las Juntas en 1848 y la vuelta de la capitalidad en 1854.

Además de toda esta dialéctica política y económica, ya desde el siglo XVIII se asistía al desplazamiento del puerto por el de Pasajes. Un hecho que afectará a la actividad pesquera y comercial y que las reformas en los diques de mediados de siglo no logran evitar.

El puerto era pequeño y difícil: “un curioso enredo de complicados morros de rompeolas”. Louis-Lande consideraba al puerto y, en general, a la bahía como muy poco segura. El problema era su poco fondo. Frente a ello, a poco más de una legua, se encontraba la bahía de Pasaia “*la plus vaste et la plus sûre de tout le litoral cantabrique*”²⁷. Es evidente que todo este proceso dislocó el comercio marino de la ciudad. A mediados de siglo,

26. FORD, Richard: *Manual para viajeros por el El País Vasco y Navarra y lectores en casa...*, pp. 10-19.

27. LOUIS-LANDE, Lucien: *Basques et navarrais. Souvenirs d'un voyage dans le Nord de l'Espagne...*, p. 293.

según Féréal, el comercio se reducía al hierro y otros minerales que se traían de Bizkaia contra las mercaderías francesas e inglesas. En 1877 el viajero francés Capistou reducía el comercio donostiarra al cabotaje o a los raros correos que hacían la travesía hacia el Caribe o América del Sur. “*La vraie port de Saint-Sébastien est aux Passages*”, concluía²⁸.

A diferencia del comercio, la industria conoció un pequeño despertar. Por supuesto, nada parecido con la potente industrialización en torno al Nervión o, incluso, con el de otras villas guipuzcoanas, pero se trata de una industria nueva, pequeña y eminentemente diversa.

Las viejas manufacturas que se localizaron en los barrios extramuros de San Martín y Santa Catalina, aquellas fábricas de tintes, cordelerías, anclas, remos... habían pasado al recuerdo. Capistou nos ofrece una panorámica bien detallada de la industria donostiarra después de la II Guerra Carlista. Estaban las litografías de Duras, Múgica, Jornet, Gordon...; las imprentas de Osés, Baroja y Nerecam; la fábrica de papel de Duras; las chocolaterías de Arana, Iribas y otros; las marmolerías de Casenave y Ezpendés; los talleres de ebanistería y tapicería de Echeverría, Marthe, Esterlé, Ohaco, Arzuaga...; la fábrica de paraguas de Lafargue; la fábrica de guantes de Resines; además de depósitos de salazón, conservas, coloniales...

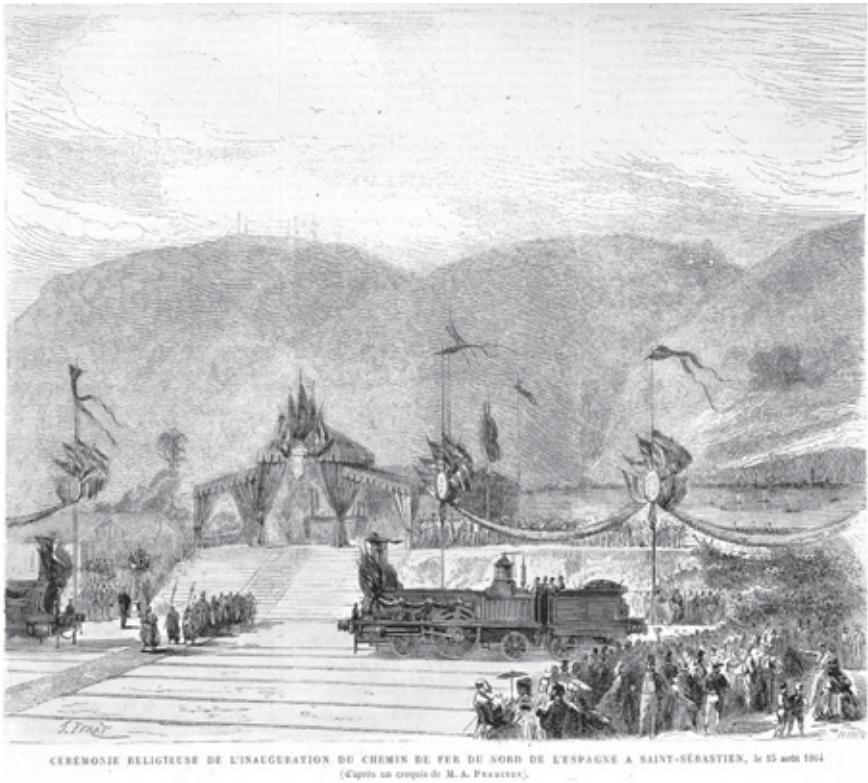
En el barrio de San Martín, en altura, se encontraba la primera fábrica de gas de Lopetedi. Asimismo, había varias carbonerías. En el camino hacia el Antiguo, en la propia Miraconcha, para asombro de nuestra actual percepción, la fábrica de cal hidráulica La Fe con dos grandes chimeneas.

En torno a Ondarreta y El Antiguo se estaba afincando lo mejor de la industrialización donostiarra. Destacaban la fábrica de botellas de fusión continua de los Brunet con el nombre de Ondarreta, una industria importante y con proyección. Más hacia el interior, la fábrica de velas y de jabón de Lizarriturry y Rezola, cuyos productos se comercializaban en toda España. A su lado, una refinería de ácido y de productos químicos perteneciente al señor Rezola.

Otro foco industrial se localizaba en torno al Urumea. Cerca de la Estación se localizaba la acería a vapor de Fagoaga y a su lado, una forja. En el actual barrio de Gros, una fábrica de tubos de plomo galvanizados, una fundición, la fábrica de clavos de José Gros, la de sombreros de Iribas, la de cerillas de Albarellos, etc. Además, eran destacables en la ciudad las cigarrerías, con numerosas obreras empleadas²⁹.

28. CAPISTOU, M. L.: *Guide du voyageur dans la province basque du Guipúzcoa (Espagne), précédé d'une étude sur l'origine des basques, avec carte détaillée et vocabulaire franco-castillan-basque*. Imprimerie Lamaignère. Bayonne. 1877, p. 145.

29. CAPISTOU, M. L.: *Guide du voyageur dans la province basque du Guipúzcoa...*, pp. 141-145.



Inauguración del ferrocarril en San Sebastián en 1864. Álbum del s. XIX. Museo de Zumalakarregi.

Otra de las actividades económicas que han dejado fuerte huella en la ciudad es el comercio interior, detallista, de tiendas elegantes.

Francisco de Paula Madrazo (1817-1868), periodista, escritor, taquígrafo del Congreso y del Senado, secretario de la reina... vino a Gipuzkoa en 1848 con el objetivo de redactar una biografía de Zumalacárregui. El libro sobre su viaje es toda una apología de Gipuzkoa y de San Sebastián. El viaje desde Madrid llevaba más de 40 horas, cuatro comidas y una noche en una venta. Esto, si las cosas se desarrollaban dentro de la normalidad.

Madrazo nos da cuenta de ese comercio “de tiendas”. El más importante se debía localizar en la calle San Jerónimo, “que viene a ser la calle del Carmen de Madrid”. En paños y sastrería destacaban los sastres franceses Bardy y Denghen, pero lo que más remarca es la tienda de la Bolla, una especie de *El Corte Inglés* de la época. Según Madrazo, había señoras que se pasaban dentro toda la temporada de baños. Se trataba de una tienda siempre repleta de gente, en donde se vendía quincallería, bisutería, joyería, porcelana china... Allí se localizaba

“todo lo más fino, lo más elegante, lo más caprichoso que en sus buenos tiempos producía la industria francesa en el ramo de adornos y de interesantes frivolidades; todo lo que de útil, de necesario, de indispensable para la vida produce la positiva industria inglesa; todos los instrumentos y juguetes infantiles que da de sí la industria alemana”.

Su dueña era la señora Bolla³⁰, “risueña una veces, más seria y como afectando ingenuidad otras”. Era imposible entrar en su tienda solo con el ánimo de saludarla y pasar el tiempo. De su establecimiento todo el mundo salía habiendo comprado algo.

Otro imán comercial eran los soportales de la Plaza Nueva. En sus arcadas se acomodaban tiendas de quincallería, como la del señor Campión, lujosas perfumerías, sastrerías, zapaterías... Además de los cafés y restaurantes y establecimientos de tipografía.

Era un lugar cómodo, resguardado de las inclemencias climáticas de la ciudad.

Respecto al sector del caserío, no quiero cansar al lector con argumentos ya repetidos en otros libros y trabajos. Solo recordaré que San Sebastián era el lugar con más caseríos de toda Gipuzkoa; alguno de los viajeros con alguna exageración llega a afirmar que había cerca de un millar. Se trataba de caseríos muy orientados al mercado y que vendían sus productos en el mercado diario de la Plaza Nueva.

Víctor Hugo es lo primero que observa cuando se descuelga a través de la calzada que le traía de Hernani. Observa “muchos campesinos con boina que van al mercado a vender su ganado”. A continuación, desliza una imagen muy bonita. Algo parecido a la contraposición cariñosa entre la bella y la bestia. Un contraste que tanto gustó a Hugo y que creó, por ejemplo, a sus personajes de Quasimodo o Esmeralda en *Nuestra Señora de París*.

“Cuando la diligencia bajaba una cuesta al galope, un pobre buey asustado se ha metido en un zarzal. Un niño de cuatro o cinco años que le llevaba le ha cogido la cabeza y se la ha escondido en su pecho, acariciándolo suavemente con la mano. Le hacía a ese buey lo que sin duda le hace su madre a él, niño. El buey, con todos los miembros temblándole, hundía con confianza su gran cabeza ornada de cuernos enormes entre los bracitos del niño, echando de refilón una mirada despavorida a la diligencia llevada por seis mulas con un horrible ruido de cascabeles y cadenas. El niño sonreía y le hablaba bajito. Nada tan conmovedor y admirable como ver esta fuerza brutal y ciega graciosamente tranquilizada por la debilidad inteligente”³¹.

30. Se trataba de Pepita Bolla, hija del comerciante lombardo Pedro Abundio Bolla, esposa de Nicolás de Soraluze y abuela del músico José M.^a Usandizaga.

31. HUGO, Víctor: *Los Pirineos...*, pp. 60-61.



Caseros y caseras jóvenes. Álbum del s. XIX. Museo de Zumalakarregi.

Un anónimo inglés, el autor de *Will my readers go to Spain* observó lo que se vendía en el mercado. Debía de ser a finales de verano o a comienzos de otoño: cestas de tomates, espléndidos racimos de uva, higos, melocotones... Sin embargo, señala: “Los pollos eran lo peor que he visto en mi vida. Pollos deplorables que seguramente habían muerto de hambre”³².

En muchos de mis escritos he subrayado el carácter enormemente trabajador de las caseras. En el trabajo del pasado *Boletín*, el que se refería a la ciudad del siglo XVIII, vimos las descripciones encomiásticas que hacía Joaquín Ordóñez sobre las muchachas campesinas. El profesor e influyente periodista catalán Juan Mañé y Flaquer (1823-1901) escribe sobre los tipos del país y esto dice de las *baserritarras* y las mujeres vascas:

“En las mujeres el temperamento linfático es aún más general y caracterizado, no participando tanto como los hombres del temperamento sanguíneo y nervioso propio de su sexo. Y la atonía y morosidad física que produce este temperamento se combate aquí con el género de vida que llevan, dedicándose

32. BERRUEZO, José: *Viajeros románticos en San Sebastián*. Imprenta V. Echeverría. Edición del autor. San Sebastián. 1951, p. 77.

a los trabajos corporales al igual que los hombres; pues se las ve en el campo manejando la laya con una fuerza y una destreza que darían envidia a nuestros más famosos labriegos. Así resulta que su sistema muscular adquiere gran fuerza y robustez, que contrasta con la notable blancura de su tez, su color rosado y su fisonomía dulce y simpática, que parecen más propias del sibiritismo de los salones que de las rudas faenas del campo³³.

Charles Davillier hace el mismo retrato tanto de la actividad agrícola como de las *etxeoandres*. Es, por lo tanto, una visión compartida por extranjeros y nacionales:

“El cultivo es magnífico y da fe de las laboriosas costumbres de sus habitantes. A veces, como ocurre en Alsacia, se ve a las mujeres trabajando los campos. He aquí una vieja que baja de la montaña, cargados sus hombros con un enorme haz de leña, sin que esto le impida marchar a prisa. Más allá, una muchacha lleva fácilmente un cántaro lleno de leche sobre su cabeza, como una canéfora antigua. Ya habíamos observado a varias de estas lecheras vascas en el mercado de San Sebastián³⁴.

Es el mismo retrato que hacía Ordóñez casi un siglo antes. Ahora bien, sorprendentemente, la litografía de Doré que acompaña a la lechera donostiarra es propio de otras geografía más sureñas.

Sin embargo, al margen de los sectores tradicionales, la ciudad que



Lechera donostiarra en la “imaginación sureña” de Gustave Doré. Álbum del s. XIX. Museo de Zumalakarregi.

33. MAÑÉ Y FLAQUER, Juan: *El Oasis. Viaje al País de los Fueros*. Biblioteca Vascongada Villar. Bilbao. 1969, p. 98.

34. DAVILLIER, Charles: *Viaje por España*. T. II. Ediciones Grech, S. A. Madrid. 1988, p. 439.

camina hacia La Bella Easo, como califica a esta época el profesor Castells, empieza a tener otra vocación desconocida hasta ahora: el turismo. El debate entre ciudad comercial o turística va a teñir los años posteriores a la demolición de la muralla y su ensanche. El Plan de Antonio Cortázar, la ejecución de la alameda o boulevard o las soluciones a Alderdi Eder y a La Concha serán algunos de sus hitos. El turismo ganó.

El capitán Cook ya para 1830 se refiere a la concurrencia turística hacia la ciudad. Se trataba de “muchacha gente de Madrid” que acudía “a causa de los baños de mar sobre las hermosas arenas de la bahía”. Para estos madrileños otros acicates eran el verdor de valles y colinas, que formaba “un curioso contraste con el clima sofocante de la capital de Castilla” (sic)³⁵.

Evidentemente, durante el largo asedio de la ciudad durante la I Guerra Carlista la actividad turística desapareció. El incendio y la destrucción se cebaron en los cerros de San Sebastián, en especial en la actual zona de Aiete. Cerca de 350 casas y caseríos fueron destruidos o quemados en parte. Entre 1835 y 1837 los altos de la ciudad conocieron su 1813. Pocos recuerdan las terribles batallas de Lugaritz o de Oriamendi. Wilkinson, cirujano militar y gran dibujante, nos da cuenta de la destrucción que supuso la guerra.

“Antes de comenzar la guerra civil, San Sebastián era un balneario de moda visitado por la realeza. Las casas del alto de Ayete y las que se encuentran a lo largo de la bahía eran de una excelente y recia construcción, rodeadas de hermosos jardines y terrazas, y las faldas de las colinas estaban cubiertas de numerosos huertos. En ningún sitio se puede ver una imagen tan conmovedora de los horrores de la guerra civil como en las inmediatas proximidades de estos lugares. Todos los edificios están destruidos; las mismas paredes han sido arrasadas en su gran mayoría hasta los cimientos. El campo se ha convertido en un desierto; todos los bosques y huertos están talados”³⁶.

Sin embargo, para los años 40 se recuperaron aquellas incipientes tendencias de los años 30. La visita en 1845 de la reina Isabel II, para tratarse de sus dolencias de herpes, impulsó más el sector. Volvería varias veces antes de su exilio en 1868. Féréal para 1848 nos cuenta que un gran número de familias ricas, no solo de Madrid sino de todos los puntos de España, acudían a la ciudad a tomar baños de mar. San Sebastián, “*riche en jolies femmes et en hommes de coeur*”, se distinguía por la acogida a estos visitantes.

35. COOK, S. E.: *Sketches in Spain during the years 1829-30-31-32*. RIEV. T. 21. 1930. Trad. Martín de Anguiozar. pp. 61-69.

36. WILKINSON, Henry: *Apuntes paisajísticos y musicales de las provincias vascas*. 1838..., p. 157.

La creación de Biarritz como ciudad-balneario con fama a escala mundial, el impulso del emperador Luis Napoleón Bonaparte y su esposa Eugenia de Montijo y sus visitas a la ciudad impulsaron aún más a San Sebastián.

Empezaron a crearse establecimientos hosteleros. El Parador Real (calle Mayor) o el Isabel (Plaza de las Escuelas) eran unos de estos. También las fondas, como la de M. Laffitte o alguna otra. Todas se situaban intramuros.

La II Guerra Carlista tuvo una incidencia mucho menor para la ciudad que la anterior. Para 1877 Capistou nos da cuenta de establecimientos hoteleros que habían ganado el ensanche: el Gran Hotel de Londres, en la Avenida; el Hotel de Martín Ezcurra, enfrente de la Zurriola; el Hotel de Inglaterra, al final del Boulevard, cerca del puerto; el Hotel del Comercio, en el cruce entre la Avenida y el paseo de Oquendo; la Fonda de Bermejo, en la calle Hernani... serían algunos ejemplos.

Restaurante importante era el Círculo de los Extranjeros, en la Alameda, en los arcos de la Plaza Vieja. Era un restaurante a la francesa; su dueña, Mme. Pozzy, tenía una cava con los mejores vinos de Burdeos y Borgoña. La Urbana, en la plaza de Guipúzcoa, ofrecía platos más españoles.

Los cafés de la ciudad eran también muy elegantes. El Café de la Marina era el de referencia. Se hallaba ricamente decorado con retratos de personalidades de todo tipo. Otro era el Café de Colón, en la Plaza de Guipúzcoa, con toda suerte de pinturas y espejos, al igual que un café parisino. El Café del Comercio, encima del Círculo de Extranjeros, o el Café de Francia, en la Avenida y frecuentado por la colonia francesa, eran otros lugares de esparcimiento elegante.

El turismo generó ciertos servicios en torno a la playa. Las casetas tiradas por yuntas de bueyes constituyeron una postal típica. Las cabinas y los baños de la antigua Perla del Océano, una construcción de madera pintada de rojo y de “fealdad” manifiesta según Siro Alcain, serían otra muestra. Asimismo, el doctor Acha creó a la salida hacia Francia un establecimiento termal llamado Hegiotrepe³⁷.

Se supone que los servicios mejoraron mucho y también la limpieza. Recordemos que la ciudad y sus camas hoteleras eran conocidas en los 40 por sus pulgas. A las que había en la fonda de M. Laffitte Víctor Hugo rindió homenaje irónico.

37. CAPISTOU, M. L.: *Guide du voyageur dans la province basque de Guipuzcoa...*, pp. 157-161.

4. La ciudad y su vida cotidiana

La población de la ciudad vivía, trabajaba y también se socializaba y se divertía en el día a día. En el trabajo del pasado año teníamos visitantes que como el cónsul Frankland o el cura Ordóñez vivieron años en la ciudad y la conocían a fondo en todos sus aspectos. Quizás, el nivel de conocimiento más difícil constituya este que vamos a tratar y, como señalo, nos faltan visiones holísticas y de larga duración para su conocimiento.

El que mejor nos relata el día a día es Francisco de Paula Madrazo. Antes nos hemos referido a sus descripciones sobre el comercio interior. El “ir de tiendas” parece ser una costumbre en las damas burguesas de la ciudad y en las visitantes. Madrazo nos menciona “numerosas y bien provistas tiendas”, los “carruajes elegantes”, el “lujo, con la abundancia, con la profusión de una corte”. Había también multitud de modistas para señoras “que han tomado en sus cortes todo el aire francés”.

Un lugar de socialización elegante debía de ser la misa de doce de los domingos en Santa María. Además del *who is who*, estaba adornada por la guarnición con sus elegantes uniformes y con la banda militar en el coro. También los espacios sagrados se convertían en ámbitos para la frivolidad social. Las señoras tenían sus sillas y reclinatorios con su nombre y Madrazo señala: “este aparato militar (...) a veces distrae la devoción de los fieles (y) derrama sobre el Santo Sacrificio un colorido de pompa y de majestad indefinibles”. Todo ello en el marco del “magnífico templo”, cuya “inmensidad y belleza” “admiran y seducen”.

Sin embargo, el frenesí social, el ver y ser visto, se focalizaba en el atrio de la iglesia, a la salida de misa. “Allí ninguna señora se escapa a una revista minuciosa, y como todas saben que ha de tener lugar, pues para eso está la falange de curiosos formada en orden de parada, asisten a este acto religioso lujosa y ricamente ataviadas”. Madrazo, con tintes de sociólogo moderno, prosigue:

“Las niñas solteras, al atravesar por aquellos grupos viendo que son el blanco a donde se dirige el fuego graneado de tantas miradas tiernas e insinuantes, se ruborizan y se estremecen; las señoras casadas, que aún gozan del honor de las ovaciones, arrostran con más serenidad el tiroteo defendidas por el brazo de sus buenos esposos que, poco amigos de apreturas, se dan prisa a salir de aquel estrecho”.

El flirteo, la galanura debían de ser admirables, sobre todo en una ciudad con tanto uniforme colorido trufado de metales y cueros tan bien abriollantados. Después de misa, la seducción ocupaba otro *topos*: los soportales de la Plaza Nueva, “a donde vuelan con más ardor los combatientes. Allí se pasea hasta las dos de la tarde, siendo aquel paseo una miniatura muy

parecida de lo que era el Prado en sus buenos tiempos”. Lo está comparando con el Paseo del Prado de la capital. Féréal también subraya la importancia de las arcadas para el paseo invernal y como “*lieu de rendez-vous aux amoureux*”.

Otra actividad social era el paseo; aún lo era en nuestra niñez. Se trataba de la “actividad favorita de los veraneantes”. Ciertamente, la ciudad murada ofrecía pocas perspectivas de paseo. Luego, con el ensanche, vendrán las amplias alamedas y avenidas. Pero en 1848 se paseaba en donde se podía: la Plaza Nueva, la esplanada delante de las murallas, en donde no se podían plantar árboles por su carácter militar, pero que era una pradera cubierta de hierba, “donde juegan los niños y retozan las niñeras”. En torno a la fuente de la Plaza Vieja se debían reunir los chicos y chicas de las clases populares.

La playa constituía otro lugar de socialización, pero dentro del mismo sexo, pues había una segregación del espacio en función de él. La playa comenzaba a ser una “pasión muy arraigada entre los bañistas”. Entonces el baño se localizaba solamente en la Concha. Las mujeres, en la parte del arenal más cercano a la ciudad; los hombres, más lejos. El baño era vigilado nada menos que por la Guardia Civil, pero no en labores de socorrismo sino para que se cumpliera aquella “ley que pudiéramos llamar del pudor”. Por lo que se ve, la moda y el encanto no había llegado a la ropa de baño: “En punto a los trajes de baño de las señoras, como allí se luce poco, la mayor parte llevan anchos ropones de bayeta oscura”, sostiene Madrazo.

El teatro constituía otra diversión para esta gente. En 1843 se levantó el Teatro Principal de la calle Mayor, antecedente del actual, construido en los años 30 del s. XX. En 1848 estaba recién estrenado y durante la temporada de verano siempre se hallaba lleno. Era el sitio por excelencia de la noche.

Además, se celebraban conciertos en los salones del propio Ayuntamiento o en el Consulado. Había una sociedad-club llamado El Círculo, que más que sociedad parecía un club británico, pues disponía de periódicos, tresillo, billar, criados..., todo en un ambiente de “lujo y elegancia”³⁸.

Quatrefages por la misma época destaca otra característica que ha conservado la ciudad hasta nuestros días: la limpieza. Según él, era superior a la que existía en las grandes ciudades, y se debía a la falta de segregación social del espacio. En la ciudad apenas había casuchas y tugurios. Casi todas

38. MADRAZO, Francisco de Paula: *Una expedición a Guipúzcoa, en el verano de 1848*. Imprenta de Gabriel Gil. Madrid. 1849, pp. 99-157.

las viviendas eran parecidas y las distintas clases sociales convivían en el mismo portal. El comerciante, el propietario, los más pudientes ocupaban la planta baja y los primeros pisos; el cargador del puerto, el pescador, el artesano se alojaban en las buhardillas. Era el mismo esquema que proyectó Cerdà para el ensanche de Barcelona. Según Quatrefages, de esa mezcla resultaba un bien social: los ricos conocían las miserias de los más pobres y los socorrían. Y se descuelga con lo siguiente: “el pobre, por su contacto con las clases distinguidas, está siempre en guardia contra la dejadez que tan pronto degenera en incuria y suciedad”. Pobres pobres.

Los viajeros constatan que en Gipuzkoa los había menos que en otros lugares. Además, se encontraban bien atendidos. Según Madrazo en la ciudad había una “magnífica Casa de Misericordia, modelo en su género” y, por lo tanto, asegura, “en Guipúzcoa y, especialmente en San Sebastián, no se concibe que nadie puede y debe ser pobre”.

San Sebastián siempre ha tenido fama de ser un lugar en donde se come bien. Ya nos comentaba Capistou que en los buenos restaurantes había cocina francesa y española de calidad. Los viajeros no otorgaban a la cocina el interés que se le otorga en la actualidad. Parece que “el turismo gastronómico” no estaba en la agenda de los viajeros, que buscaban otras sensaciones.

De todas formas, y aunque sea en una venta de Astigarraga, voy a referirme a la cena que se tragó Théophile Gautier, que se quedó francamente satisfecho. No es para menos. Gautier era un parisino, un escritor afamado, un líder del Romanticismo francés. Al parecer, y según cuenta, temía en su primera noche española un aposento propio de sus lecturas: *El Quijote* y el *Lazarillo*. Pero su sorpresa fue mayúscula:

“Cuando nos condujeron a nuestras habitaciones, quedamos deslumbrados por la blancura de las cortinas de la cama y el de las ventanas, por la limpieza holandesa de los suelos, y por el perfecto cuidado de todos los detalles. Unas chicas altas y de muy buena planta, con sus magníficas trenzas que les caían sobre los hombros, perfectamente vestidas, y que en nada se parecían a las maritornes prometidas, iban y venían con una actividad de buen augurio para la cena que no se hizo esperar. Fue excelente y estuvo muy bien servida”³⁹.

En efecto, no se puede decir otra cosa. Esto es lo que cenó: Sopa roja con pimentón, pan muy blanco, y cocido (con trozos de carne de vaca, cordero, pollo, chorizo, tocino y jamón, tomate, azafrán; verdura de berza, y garbanzos), “el único plato español, pues se come todos los días de Irún a

39. GAUTIER, Théophile: *Viaje a España...*, p. 86.

Cádiz y recíprocamente”, sostiene. Luego, pollo, pescado frito, cordero asado, espárragos, ensalada y postres (bizcochitos almendrados, almendras tostadas, queso de cabra y queso de Burgos). Vino de Málaga, Jerez, aguardiente “y una pequeña copa, llamada fuego llena de brasas para encender los cigarros”. No es para quejarse, dentro del contexto de una época en que cuando se salía de casa se comía interminablemente, quizás para enfrentarse a una semana llena de privaciones culinarias.

Respecto a las aficiones, a los viajeros les atraían por su peculiaridad los toros. Alguno señala cómo la pelota era el deporte y al afición más popular. Vimos en el artículo del pasado Boletín cómo los lienzos de las mura-las servían de frontón. Ya con el ensanche se levanta un frontón en Atocha, pero poco más nos cuentan de la afición *pilotazale*.

Los toros han sido en sus diversas manifestaciones una marca donostiarrá. Los viajeros se hacen eco del toro ensogado (*sokamuturra*) o del toro de fuego (*zezensuzkoa*). Pero lo que les llamaba la atención era la corrida de toros.

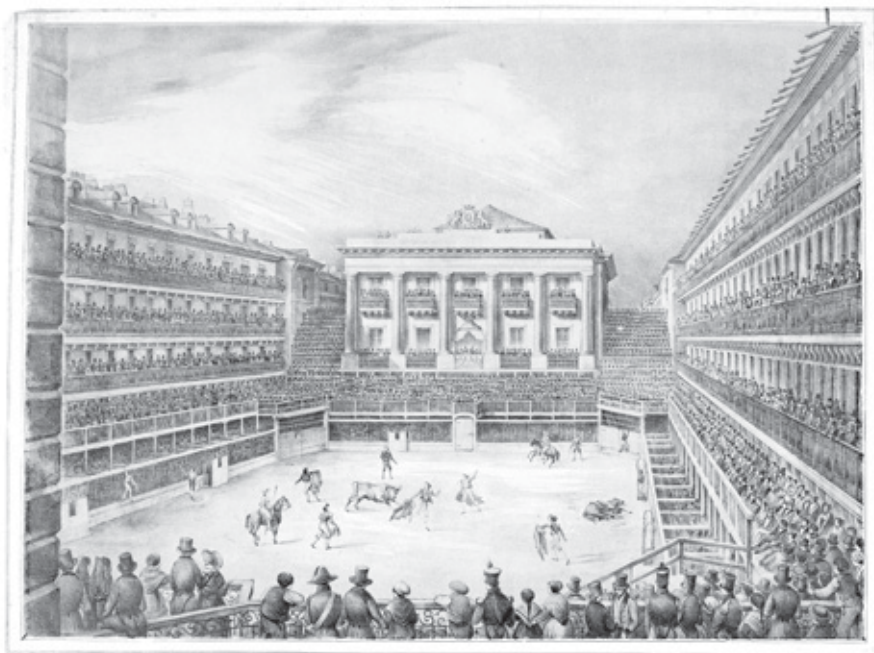
Karol Dembowski fue un viajero de origen polaco que escribía en francés. Amigo de Merimée y Stendhal, en su viaje a España visitó a su compatriota Chopin en Valldemossa. Visitó Gipuzkoa en septiembre y describe un hecho taurino en Lezo que nos recuerda mucho los versos de Xepelar (*Pasaiako erritik/ dator notiziya...*). Es el día de la Exaltación de la Cruz, grandes fiestas en torno al Santo Cristo de Lezo, entonces quizás el sitio más emblemático de Gipuzkoa. Refiere:

“Cinco toros figuraron en la corrida, pero ninguno fue muerto, por la penuria en que se encontraban las arcas del municipio. Los honores de la jornada fueron para un torete negro que llevaba al cuello un collar de cascabeles. Después de haber maltratado cruelmente a un joven aficionado, logró escaparse de la plaza saltando la barrera. Corrió hasta Rentería a sembrar el espanto entre viejas aldeanas, a quienes la masa de la población activa, que había ido a Lezo, había confiado la guarda del pueblo”⁴⁰.

Aparte de las pinceladas toreras y festivas, el texto nos habla de la miseria del país recién terminada la primera guerra civil.

En general, los franceses observaron los festejos taurinos con una mirada más benevolente. Algunos anglosajones fueron muy duros con ellos. El novelista Henry James asistió a una corrida de toros en la plaza nueva de Atocha en 1876. Su juicio no pudo ser más antitaurino:

40. DEMBOWSKI, Carlos: *Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil. 1838-1840*. Espasa. Madrid. 1931, p. 220.



VISTA DE LA PLAZA DE LA LIBERTAD DE SAN SEBASTIÁN
 en las corridas de toros verificadas en la misma el mes de Agosto de 1845
 en abarce de S. S. MM. A.

Toros en la Plaza Nueva. Álbum del s. XIX. Museo de Zumalakarregi.

“El toro era mejor mozo que ninguno de sus torturadores, y también me pareció que los torturadores eran mejores mozos que los espectadores. En verdad, todos juntos fuimos durante aquel rato unos compañeros bastante lamentables. Una corrida de toros puede ser contemplada hasta cierto punto pero es insoportable recordarla”⁴¹.

Pero, sin duda, el que más se prodigó en las descripciones taurinas fue Justin Cénac-Moncaut, quizás porque fuera gascón. Recordemos que los toros se corrían en la Plaza Nueva hasta casi la demolición de las murallas. En el pasado *Boletín* daba cuenta de aquellas fiestas “salvajes” en la que los perros se lanzaban sobre los toros heridos como en un circo romano. En 1851 se levantó una plaza de madera en el barrio de San Martín, que tras un incendio fue de nuevo construida en 1870. Debía tener un aforo para 10.000 espectadores. En 1876, con el fin de la última guerra carlista, y destruida la anterior, el empresario José Arana levantó en Atocha otro coso, más estable, que permaneció allí hasta la construcción de El Chofre en 1903. Estaba en

41. JAMES, Henry: *De París a los Pirineos...*, p. 104.

el lugar donde más tarde estuvo el campo de fútbol de la Real Sociedad. En aquel año de 1876 “nació” también el nombre de Semana Grande, coincidiendo con las fiestas de la Virgen de agosto.

Cénac-Moncaut conoció la vieja plaza de San Martín en su inauguración. Dedicó más de 20 páginas a su descripción. Paradójicamente, sostiene que los toros son un espectáculo de importación española, y que el juego nacional es el “*jeu de paume*”, la pelota.

La vieja plaza de San Martín era elíptica, de madera y, según Cénac costó 60.000 fr, una exageración para las corridas de los tres días en agosto. La entrada costaba 10 fr. Parece que entre corridas se usaba para jugar a pelota. No nos dice en qué modalidad.

No debía ser tan exótica la fiesta, pues asegura que 6.000-7.000 campesinos venidos desde Elizondo hasta Tolosa llenaban el coso. Venían todos: hombres, mujeres, jóvenes y viejos. Cénac nos describe la vestimenta masculina de los años 50: pantalón azul, camisa blanca, chaqueta azul y boina también del mismo color, y corbata. Entre las piernas la *makila*, “*le long bâton national*”. Para Cénac, la población rural se comportaba con calma y frente a ella destacaba la agitación frenética de la aristocracia.

Los toros grandes provenían de Castilla y los pequeños de Tudela. El diestro que inauguró la plaza de San Martín fue nada menos que el gran Cúchares, Francisco Arjona Herrera (1818-1868). Dice Cénac que tenía la piel cobriza y que, frente a Dumas que lo representa delgado y seco, él lo vio fuerte y gordo.

El lector puede recrearse en la descripción de las corridas. Estas duraban tres días, pero aquel año hubo un cuarto día. Los toreros del último día eran los llamados Chillos, mulatos de Chile. Eran hombres bajos pero musculosos, con piel de ébano. Vestían de blanco con corbata roja y chaleco de terciopelo con botones y montera. Eran una docena que realizaban cabriolas siendo lanzados por encima de los toros por sus compañeros. Se trataba de una novedad recientemente conocida en España.

A la salida, él volvía hacia la ciudad amurallada, mientras el sol se ponía detrás de las montañas y sobre la superficie del océano. Los campesinos volvían a sus lejanas moradas:

“Cinq ou six mille paysans basques s'éparpillaient alors sur les chemins, et regagnaient leurs vallées par groupes joyeux, en poussant l'irrintzia national, assez semblable aux cris des masques de l'Opéra.

Après les avoir longtemps suivis des yeux, on les voyait disparaître peu à peu derrière un pli de terrain, ou une sinuosité du sentier”⁴².

42. CÉNAC-MONCAUT, Justin: *L'Espagne inconnu. Voyage dans les Pyrénées de Barcelona à Tolosa*. Amyot Éditeur. Paris. 1856, pp. 25-60.

Ya que estamos hablando de los campesinos, me permitirá el lector un apunte revelador. En otros escritos me he referido al asombro que causó a los viajeros el trabajo del layado. Otros aspectos sugerentes para los viajeros nos han aparecido a lo largo del trabajo son la laboriosidad de las mujeres, las trenzas de las doncellas vascas que corrían por la espalda, la indumentaria, la boina que aparece al tiempo de la I Guerra Carlista, la recién mencionada *makila*...

Asombrosamente, un aspecto del que dan noticia casi todos los viajeros que recorrieron el país fue el carácter del carro de bueyes vasco. De él se destacaba que al girar su eje al unísono con sus ruedas macizas producía un ruido penetrante y singular. Es todo un *leit-motiv* de los relatos de viajes, ya descrito por la condesa d'Aulnoy a fines del s. XVII.

Sus numerosas descripciones nos muestran dos elementos importantes. El primero nos enseña cómo una misma realidad es vista a través de los filtros de la individualidad y de la psicología para recrear una imagen totalmente diferente. El segundo nos desvela cómo estos viajeros se leían unos a otros y cómo a veces, descaradamente, se copiaban las mismas metáforas. Este último aspecto ya lo señalamos en el trabajo anterior con el trabajo del viejo Bowles, mil veces fusilado.

Víctor Hugo ya conocía España y el País Vasco desde su niñez. Debía tener bien grabado en su inconsciente el sonido del “carro chillón”. Apenas traspasa el Bidasoa el 28 de julio de 1843:

“He vuelto a ver una vieja carreta de bueyes española. Quiero decir la pequeña carreta de Vizcaya, de dos bueyes y dos ruedas macizas que giran con el eje y que hacen un ruido espantoso que se oye a una legua en la montaña.

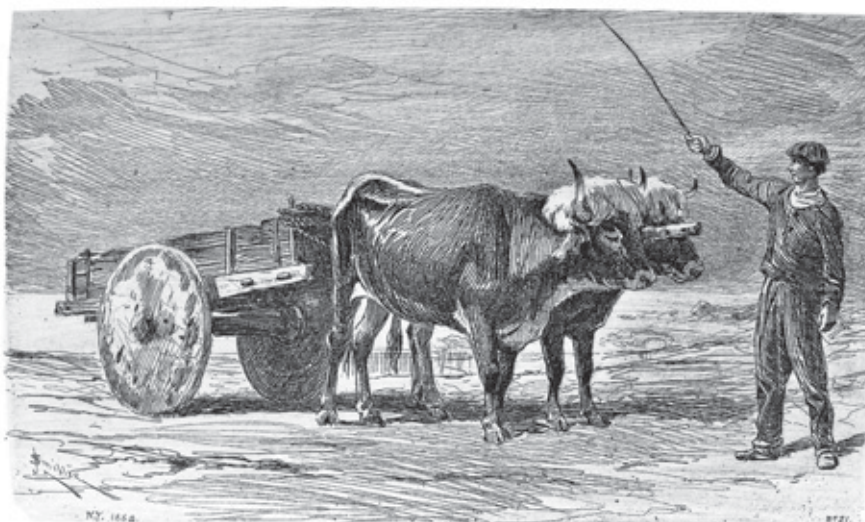
¡Si supierais cuán cautivador es para mí ese ruido, horrible para todo el mundo! Me recuerda unos años benditos.

Era muy pequeño cuando crucé estas montañas y lo oí por primera vez. El otro día, tan pronto como llegó a mi oído, solo de oírlo, me sentí súbitamente rejuvenecido, me pareció que toda mi infancia revivía en mí. (...)

A mi alrededor los viajeros se tapaban los oídos; yo tenía el corazón embelesado. Jamás un coro de Weber, jamás una sinfonía de Beethoven, jamás una melodía de Mozart ha hecho nacer en un alma todo lo que despertaba en mí de angélico y de inefable el chirrido furioso de esas dos ruedas mal engrasadas en un camino mal empedrado”⁴³.

Su compañero de filas del Romanticismo Théophile Gautier había venido como periodista en 1840, tres años antes, con el objeto de describir la situación de España tras la guerra. Como Hugo, tan pronto pasa a Irún, oye el ruido del viejo *gurdi*:

43. HUGO, Víctor: *Los Pirineos...*, pp. 55-56.



El carro “chillón” de ruedas macizas. Álbum del s. XIX. Museo de Zumalakarregi.

“Un ruido extraño, inexplicable, ronco, horrible y risible a la vez (...). Y resulta que sólo se trataba de un carro de bueyes que subía por una calle de Irún y cuyas ruedas maullaban tan horriblemente por falta de grasa, porque tal vez el conductor prefería echar la grasa en su sopa en lugar de echarla a las ruedas de su carro. Se trataba sin duda de un carro muy primitivo. Las ruedas eran llenas y giraban junto con el eje (...). Ese ruido se oye a media legua y no desagrada a los naturales del país. Tienen así un instrumento de música que no les cuesta nada y que toca por sí mismo, siempre que gira la rueda. Eso les parece tan armonioso como a nosotros nos lo pueden parecer unos ejercicios de violinista sobre la cuarta cuerda. A un aldeano no le gustaría un carro que no «cantase». Este vehículo debe de ser de la época del diluvio universal”.

A continuación, enumera ciertas imágenes metafóricas bien copiadas por otros escritores. El ruido provendría de toda una suerte de “de arrendajos desplumados vivos, niños azotados, gatos en celo, sierras con dentera, calderos golpeados o rascados o en goznes de una puerta de cárcel girando sobre la herrumbre”⁴⁴.

Comparémoslo con Davillier, para quien el carro no había evolucionado desde la época de Don Pelayo, y que dice lo siguiente más de 20 años después:

44. GAUTIER, Théophile: *Viaje a España...*, p. 83.

“Un ruido extraño, inexplicable, ronco, espantoso y risible preocupaba mis oídos desde hacía algún tiempo; se hubiera dicho que era una multitud de arrendajos desplumados vivos, de niños azotados, de gatos enamorados, de sierras afilándose los dientes sobre la dura piedra, de calderas que se raspasen, de goznes de prisiones girando enmohecidos para soltar al prisionero. Yo creía, cuanto menos, que se trataba de una princesa degollada por un bárbaro nigromante. No era más que un carro de bueyes que subía la calle de Irún y cuyas ruedas maullaban espantosamente por falta de engrase, pues el conductor preferiría sin dudar echar esa grasa a la sopa.

Las ruedas eran macizas, y daban vueltas en el eje, como en las carretillas que hacen los niños con cáscara de calabaza. Su ruido se extiende a media legua y no desagrada a los naturales del país. Tienen así un instrumento de música que no les cuesta nada y que toca solo mientras el camino dura. Esto les parece tan armonioso como a nosotros los ejercicios de violín en la cuarta cuerda. Un aldeano no querría un carro que no cantase: este vehículo debe datar del diluvio”⁴⁵

Plagios, retroalimentaciones, imágenes mentales...

Quiero terminar este trabajo con unos versos en euskara referidos al carnaval de San Sebastián de hacia 1850. La época carnavalesca es invernal, por eso apenas tenemos relatos de la vida donostiarra relacionada con las comparsas de carnaval, aunque sabemos que hacían furor en la ciudad.

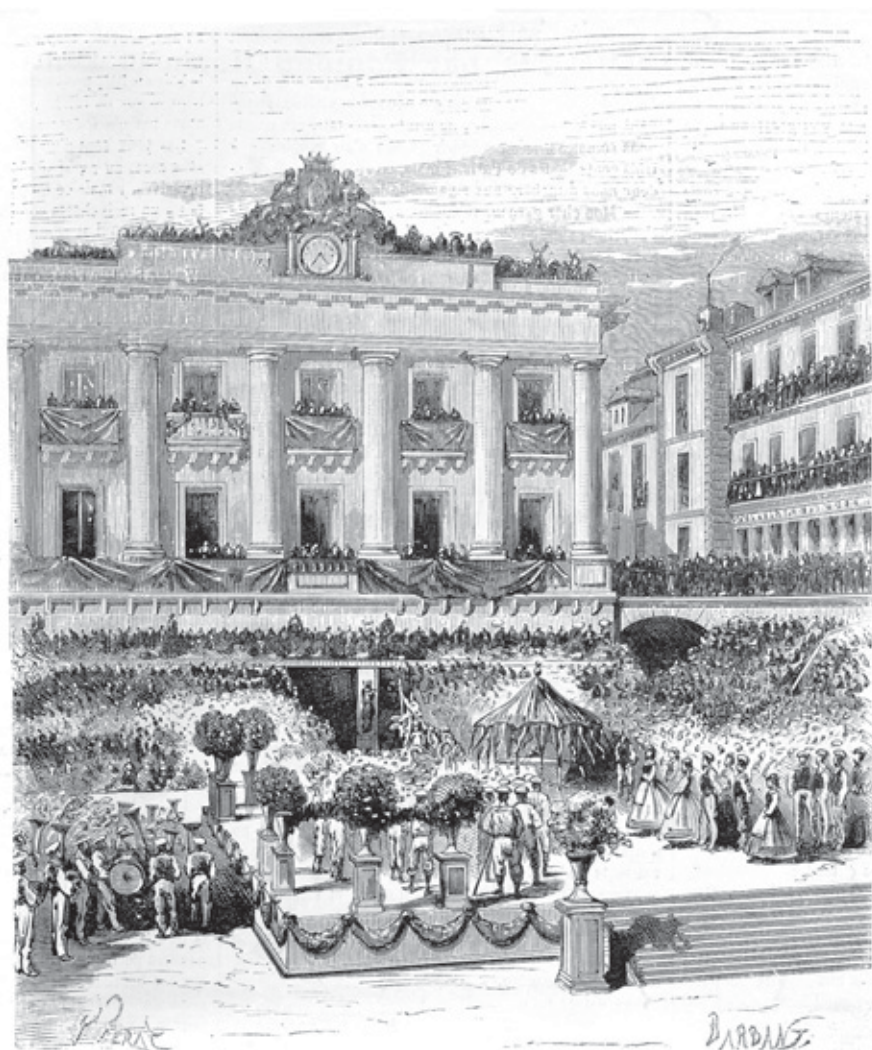
Moritz Willkomm (1821-1895) era un botánico y geógrafo alemán que hizo dos viajes de varios meses al norte de España en 1847 y 1852. Guillaumie-Reicher lo tradujo al francés para la *RIEV*. Respecto a la ciudad señalaba que era “limpia, moderna, animada... en un país paradisíaco”, y adjuntaba unos bonitos versos de la comparsa de jardineros⁴⁶. Se trataba de la comparsa por excelencia. Se remontaba nada menos que a 1817 y fue renovada en los años 1832, 1848, 1850 y 1884. Una comparsa ciudadana pero adaptada a un pueblo, en buena parte, agrícola. Una reminiscencia de las antiguas fiestas de la primavera en honor de la diosa Flora. Esta salía en un carro tirado por parejas de bueyes con cuernos de oro, guiados por los “*praiskus*”⁴⁷.

45. DAVILLIER, Charles: *Viaje por España*. T. II..., p. 437.

46. Seguramente su autor es Juan Vicente Echegaray, el poeta del carnaval donostiarra durante cerca de 50 años.

AROZAMENA, Jesús M.^a: *Donostia, capital de San Sebastián*. Auñamendi. San Sebastián. 1964, pp. 25 y ss.

47. MENDIOLA, Rufino: “San Sebastián retrospectivo. Crónica de la ciudad. Exaltación y evocación”. *San Sebastián. Curso breve sobre la vida y milagros de una ciudad. Comité Ejecutivo de las Conmemoraciones Centenarias de la Reconstrucción de la Ciudad (1813-1863-1963). Comité Ejecutivo de las Conmemoraciones Centenarias de la Reconstrucción y Expansión de la Ciudad (1813-1863-1963)*. San Sebastián. 1963, pp. 210-213.



ESPAÑE. — Comparsa du lundi gras à Saint-Sébastien, en l'honneur du brave Mari, mort par dévouement le 9 janvier 1866. (D'après une photographie de MM. Darroux et Martin.)

Comparsa de carnaval en la Plaza Nueva. Álbum del s. XIX. Museo de Zumalakarregi.

ZORTZIKOA

I

Gaindu dedien festa
Baratzecoa
Berriro moldatua
Degu zortzikoa:
Euscaldunaren canta
Antziñetacoa
Itz neurtu egoquia
Biotz gurecoa

II

Donostiaco festa
Iñautericoac
Dira igusgarriac
Eta beticoac:
Gaur aguertzen dizute
Gazte bertacoac
Plazan eguiten lanac
Baratzetacoac

III

Gurdiaren gañean
Gure ama Flora
Eder pamparroi dago
Igoa jargoira
Ninfa biren erdian
Eguiten dembora
Laster uda berrian
Joateco campora.

IV

Gure emacumeac
Nor bere aldian
Oituac gu becela
Neque icerdian;
Laguntzaille ditugu
Joan dan aspaldian
Baratzaco lanetan
Dembora guztian

V

Gaur polita badago
Baratza gurea
Guerora egongo da
Oraindic obea:
Belar ona naiqueran
Auqueran lorea
Usaya gozo eta
Eder colorea.

VI

Nagusi echeoandre
Baratz lanecoac
Ditugu aguintari
Demboretacoac:
Biac guztiz azcarrac
Eta jaquintsuac
Beren aurtasunetic
Nequean oituac.

VII

Beraquin icasiac
Baratza lanetan
Gueroc aitortzen degu
Ez gaude damutan:
Ezquer onez beteac
Edoecin lecutan
Oroituco guerade
Gure egunetan.

VIII

Onelaco gayaquin
Erraza da lana
Icasi nai duena
Betor guregana:
Alfer eta nagia
Ez bada guizona
Emen arquituco du
Billatzen duena.

IX (COROA)

Aurten iñauterico
Festa egunean
Gaude baratzquilleac
Naiquera betean:
Soñu eta cantaquin
Humore onean
Aitzurtzen eta dantzan
Dembora berean.

Marcelino Soroa (1848-1902), que conoció la vieja Donostia murada expresa con este par de versos su reconversión en la Bella Easo:

“*Polita ziñan lenbizikotik
zillar katillu chikiya,
mundu onetan etzan arkitzen
zu bezelako kabiya.*

*Politasuna trukatu dezu
denboraz zoragarriya,
zerala beste guztiyen gañez
edertu zeran erriya”*

5. Bibliografía

Incluyo en ella los libros y artículos de que me he servido para redactar este artículo. No he querido introducir las referencias del trabajo del *Boletín* del pasado año que se hallan en su correspondiente bibliografía.

- AROCENA, Fausto: *El País Vasco visto desde fuera*. Biblioteca Vascongada de los Amigos del País. San Sebastián. 1949.
- ARZAMENA, Jesús M.^a: *Donostia, capital de San Sebastián*. Auñamendi. San Sebastián. 1964.
- ARTOLA, Miguel: “La rueda de la Fortuna: 1700-1864”. *Historia de Donostia-San Sebastián*. Nerea. San Sebastián. 2000.
- BERRIOCHOA, Pedro: “Viajeros en la vieja San Sebastián”. *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*. San Sebastián. 2017.
- BERRUEZO, José: *San Sebastián. Itinerario pintoresco a través de su historia*. Edición del autor. Imprenta V. Echeverría. San Sebastián. 1948.
- BERRUEZO, José: *Viajeros románticos en San Sebastián*. Imprenta V. Echeverría. Edición del autor. San Sebastián. 1951.
- BORROW, Jorge: *La Biblia en España*. T. III. Trad. Manuel Azaña. Jiménez-Fraud, Editor. Madrid. 1921.
- BOURGOING, Adolphe de: “L’Espagne. Souvenirs de 1823 et de 1833”. *RIEV*. San Sebastián. 1931.
- CAPISTOU, M. L.: *Guide du voyageur dans la province basque du Guipúzcoa (Espagne), précédé d’une étude sur l’origine des basques, avec carte détaillée et vocabulaire franco-castillan-basque*. Imprimerie Lamaignère. Bayonne. 1877.
- CASTELLS, Luis: “La Bella Easo: 1864-1936”. *Historia de Donostia-San Sebastián*. Nerea. San Sebastián. 2000.
- CÉNAC-MONCAUT, Justin: *L’Espagne inconnu. Voyage dans les Pyrénées de Barcelona à Tolosa*. Amyot Éditeur. Paris. 1861.

- COOK, S. E.: *Sketches in Spain during the years 1829-30-31-32*. A. and W. Galignani Bandry. Paris. 1834.
- CUENDIAS, Manuel de y FÈRÉAL, V. de: *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Moeurs, usages et costumes*. Librairie Ethnographique. Paris. 1848.
- DAVILLIER, Charles: *Viaje por España*. T. II. Ediciones Grech, S. A. Madrid. 1988.
- DEMBOWSKI, Carlos: *Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil. 1838-1840*. Espasa. Madrid. 1931.
- DOUSSAULT, M. E.: "Fuenterrabía (Le Tour du Monde. Nouveau Journal des Voyages)". *RIEV*. XXI. San Sebastián. 1930.
- FORD, Richard: *Manual para viajeros por el El País Vasco y Navarra y lectores en casa*. Turner. Madrid. 1981.
- GARCÍA-ROMERAL, Carlos (ed): *Viajeros portugueses por España en el siglo XIX*. Miraguano Ediciones. Madrid. 2001.
- GAUTIER, Théophile: *Viaje a España*. Cátedra. Madrid. 1998.
- GODARD, Léon (L'abbé): *L'Espagne. Moeurs et paysages, histoire et monuments*. 4. edición. Alfred Mame et Fils, Éditeurs. 1877.
- GUILLAUMIE-REICHER, Gil: "Un voyageur allemand en Pays Basque en 1850". *RIEV*. T. XXIV. San Sebastián. 1933.
- HUBER, Victor Aimé: *Esquisses sur l'Espagne*. Bruselas 1830.
- HUGO, Víctor: *Los Pirineos*. José J. de Olañeta, Editor. Palma de Mallorca. 1985.
- JAMES, Henry: *De París a los Pirineos*. Abada Editores. Madrid. 2010.
- LÓPEZ ALÉN, Francisco: "El derribo de las murallas". *Euskal-Erria*. San Sebastián. 1906.
- LOUIS-LANDE, Lucien: *Basques et navarrais. Souvenirs d'un voyage dans le Nord de l'Espagne*. Didier et Cie, Libraires-Éditeurs. Paris. 1878.
- MADRAZO, Francisco de Paula: *Una expedición a Guipúzcoa, en el verano de 1848*. Imprenta de Gabriel Gil. Madrid. 1849.
- MAÑÉ Y FLAQUER, Juan: *El Oasis. Viaje al País de los Fueros*. Biblioteca Vascongada Villar. Bilbao. 1969.
- MELLADO, F. de P.: *Guía del viajero en España*. Establecimiento tipográfico calle del Sordo, n.º 11. Madrid. 1842.
- MENDIOLA, Rufino: "San Sebastián retrospectivo. Crónica de la ciudad. Exaltación y evocación". *San Sebastián. Curso breve sobre la vida y milagros de una ciudad. Comité Ejecutivo de las Commemoraciones Centenarias de la Reconstrucción de la Ciudad (1813-1863-1963). Comité Ejecutivo de las Commemoraciones Centenarias de la Reconstrucción y Expansión de la Ciudad (1813-1863-1963)*. San Sebastián. 1963.

- MITXELENA, Eneko (Justo Gárate): *Viajeros extranjeros en Vasconia*. Editorial Vasca Ekin. Buenos Aires. 1942.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás: “Los viajeros románticos extranjeros y el descubrimiento del paisaje de España”. *RDTP. Revistas. Consejo Superior de Investigaciones Científicas*. Madrid. 2002.
- POITOU, M. Eugène: “Voyage en Espagne”. *RIEV*. T. 19. San Sebastián. 1928.
- QUATREFAGES DE BRÉAU, Jean-Louis: “La Baie de Biscaye”. *Souvenirs d'un naturaliste*. Revue de Deux Mondes. París. 1854.
- ROSCOE, Thomas: *The Tourist in Spain. Vol. I. Biscay and the Castilles*. R. Jennings and Co. London. 1837.
- RUBIO POBES, Coro: “La imagen de los vascos en los viajeros europeos del siglo XIX”. *Oienhart*. N.º 18. San Sebastián. 2000.
- SERRANO, María del Mar: “Viajes y viajeros por la España del siglo XIX”. *Cuadernos críticos de Geografía Humana*. Universidad de Barcelona. Año XVII. N.º 98. Barcelona. 1993.
- WILKINSON, Henry: *Apuntes paisajísticos y musicales de las provincias vascas. 1838*. Publicaciones de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián. San Sebastián. 1976.
- ZAPIAIN IRASTORZA, José: “‘Galtzara’. La antigua carretera a Hernani por Ayete. Palacio de Ayete primera mansión de los Reyes, en Donostia”. *Vida Vasca*. 1931.